

*Benito Fernández Artetxe*

# *EL GRAN PESCADOR*





**BENITO FERNÁNDEZ ARTEXE**

# **EL GRAN PESCADOR**

*Testimonio de toda una vida dedicada  
a la pesca en el Abra de Bilbao.*



**Autor:** Fernando Pedro Pérez.

**Fotografía:** Fernando Pedro Pérez.

**Edita:** ADEVE.

**ISBN:** 978-84-96522-72-5. **Depósito Legal:** BI-949/2011.

# EL GRAN PESCADOR

## PRÓLOGO

Benito Fernández Artetxe, *"el gran pescador"*, es un pescador vocacional, de los que sienten en lo más profundo de su alma la llamada del mar; un pescador que ha nacido y ha vivido en el mar, y pasará el resto de su vida en el mar Cantábrico que baña las costas del Abra de Bilbao, porque su vida está indefectible e inseparablemente unida a él desde que nació a finales de los años cincuenta en su caserío del puerto de Zierbena, en las faldas del monte Lucero, y donde tantas noches cuando era niño, se dormía contando los destellos del faro de la Galea.

La historia le ha concedido el privilegio, o la desventura, de ser testigo directo del ocaso de una actividad milenaria en el estuario de la ría del Nervión, la pesca. Desde que recogió el testigo de su padre, y de su abuelo, allá por los años ochenta del siglo pasado, Benito sigue saliendo todas las noches a faenar con su barco desde el puerto de Santurtzi, pero cada vez tiene que ir más lejos del Abra. Su vida profesional ha estado ligada a la construcción del Superpuerto y ha conocido el declive de la pesca en el estuario del Nervión, así como el final de las sardineras. La última de ellas, *"la Motri"*, dejó de acudir a la lonja del pescado de la cofradía de pescadores de Santurtzi en 2004. Él salía cada madrugada para pescar las sardinas que le compraban las sardineras.

*"El gran pescador"* hace un repaso a la vida de Benito Fernández Artetxe, quien apenas puede ocultar la nostalgia de un pasado cargado de recuerdos, emociones, vivencias y paisajes que para él, y para todos los que han conocido el Abra de Bilbao a mediados del siglo pasado, en todo su esplendor, era la auténtica seña de identidad cultural de los pueblos que se asentaban en sus orillas, una identidad que hoy se está terminando de perder, o como se diría en el argot pesquero *"está dando sus últimos coletazos"*. Ya sólo quedan los últimos testigos de una historia, la que habla de la pesca en sus aguas, que alcanzó su momento álgido en los años treinta, cuando las sardineras iban hasta Bilbao, por toda la orilla de la ría, vendiendo esas sardinas que han dado fama a este enclave más allá de nuestras fronteras, pero cuyas últimas páginas se están terminando de escribir en esta primera mitad del siglo XXI.

**Fernando Pedro Pérez**  
(Autor)



**B**enito Fernández Artetxe vino al mundo el 3 de septiembre de 1958 en un caserío de tres plantas de la falda de Punta Lucero, en Zierbena, en el seno de una familia de pescadores. Su padre y sus abuelos también fueron pescadores. Curiosamente su padre se llamaba y se apellidaba igual que él, Benito Fernández Artetxe y su madre, Basilisa Artetxe. Ambos nacieron también en Zierbena, su madre en el mismo caserío familiar.



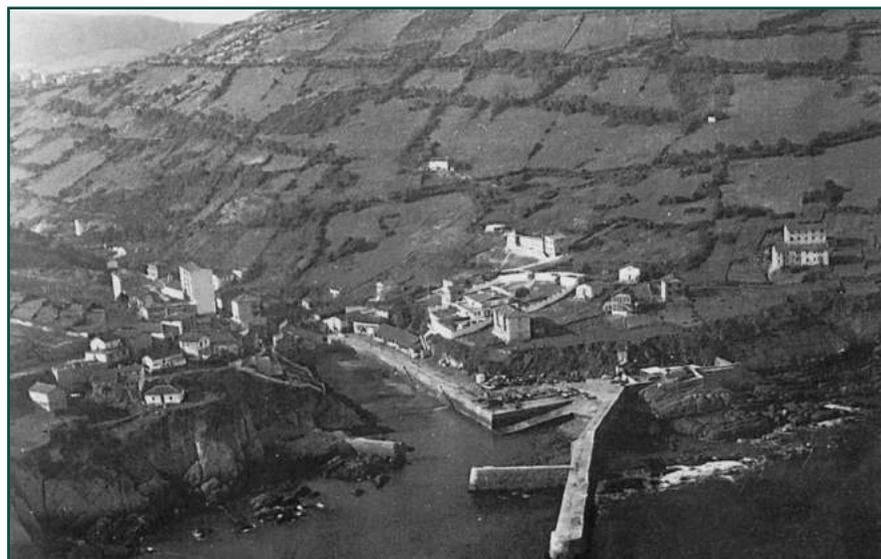
La abuela Juliana con Benito.

Benito tuvo dos hermanas mayores, Begoña, que nació en 1950, y Pilar, que nació en 1952. Su padre falleció hace 25 años, pero su madre, con sus 84 años, aún sigue viviendo en el viejo caserío familiar.

4



Los primeros recuerdos que Benito tiene de su infancia son que vivía en un caserío encima del pueblito de Zierbena en el que había animales, domésticos, vacas, cerdos, gallinas y alguna oveja. Sólo tenía un caserío vecino y en su casa vivían también dos hermanos de su madre, Angelín, que estaba soltero, y Julián, que estaba viudo y tenía dos hijos llamados Iñaki y Arantza, así como una hermana, también de su madre, que se llamaba Saturia, la cual vivía con su marido Jesús y su hijo Jesús.



Vista aérea del puerto de Zierbena a mediados del siglo pasado.

Desde su habitación Benito podía ver todo el Abra, desde Cabo Villano hasta Punta Lucero. Era un lugar privilegiado. Generalmente se solía dormir contando los destellos del faro de la Galea en la contraventana de su cuarto. Según se levantaba de la cama, tenía la costumbre de salir al balcón a echar “una meadita” a la campa que estaba debajo.

	Año 1967
N.º M.º 1439	Curso <i>Primero</i>
El alumno <i>Benito Fernández Artetxe</i>	
se ha matriculado por enseñanza libre en el curso y con el N.º M.º arriba indicados.	
<b>ASIGNATURAS PENDIENTES</b>	<b>IMPORTANTE</b>
N.º M.º O _____	Son <b>pendientes</b> los cursos o asignaturas de cursos anteriores al último en que se está matriculado.
_____	Por tanto, matriculándose en asignaturas de cursos distintos, las asignaturas de los cursos (o los cursos completos) inferiores son <b>CONSIDERADAS</b> asignaturas <b>PENDIENTES</b> .
_____	



5

primero que le dijo el maestro es: "aquí no se silba".

La escuela de aquel entonces era muy diferente a la que hay ahora y sus recuerdos de esa etapa de su vida son agriculces. Las vivencias con sus compañeros eran la cara amable, pero la dureza de los estudios y la rigidez del profesor, eran sin duda la cara amarga, porque el maestro de la escuela de Zierbena, Don Santiago Trincado, llevaba a rajatabla ese famoso dicho que todos conocemos de que "la letra con sangre entra".

Benito entraba a las nueve de la mañana y salía a la una. Después iba a comer y volvía a entrar a las dos y media, para salir a las seis de la tarde. En realidad tenía que salir a las cuatro y media, pero en aquel entonces se llevaba mucho en Zierbena la famosa "clase particular", que no era otra cosa que una forma, por parte del maestro, de sacar un sueldo extra y consistía en que los alumnos se quedaban una hora y media después de clase. Todos los chavales iban a la clase particular, ¡como para no ir!...



Sólo hasta cierto punto Benito ha podido comprender la difícil labor de Don Santiago, que tenía unos 50 niños y daba clase a los chicos de entre cinco y catorce años; además impartía todas las asignaturas y preparaba también a los bachilleres.

Por aquel entonces había un porcentaje de alumnos de un 30-40% que estudiaban bachiller. Entre ellos estuvo Benito. Por eso se marchó a los 13 años al Colegio San José de Calasanz de Santurtzi, para hacer cuarto de bachiller. Hasta tercero de bachiller estuvo en la escuela nacional de Zierbena. Cuando salían todos los demás alumnos, a las seis de la tarde, los que estudiaban bachiller seguían tres horas más, hasta las nueve de la noche.



las nueve de la noche. ¡Y sin comer! Bueno, las madres de los alumnos que no iban a comer a casa, entre ellas la de Benito, ya se daban cuenta de que si su hijo no había llegado a casa era porque estaba castigado, de manera que le llevaba la comida a la escuela, que en el caso de Benito era un bocadillo de tortilla y una botella de leche con Cola-Cao.

Entonces el maestro, se lo ponía delante del pupitre y no se lo dejaba comer hasta las seis de la tarde. Así era la escuela en Zierbena, por aquel entonces.



El abuelo materno de Benito, Plácido, que era de mente más abierta y liberal que sus propios padres, se cabreaba mucho cuando veía que Benito llegaba a casa con signos de haber sido golpeado. En cambio sus padres siempre le decían



"¡algo habrás hecho!, ¡seguro que te lo mereces!" A Benito siempre le viene a la memoria los cabreos que agarraba su abuelo cuando le contaba estas cosas.

### Recuerdos del abuelo Plácido

Benito prácticamente se crió con su abuelo Plácido en el caserío de Zierbena. Él le contaba, porque era su pasión, muchas historias de la pesca. Le describía con todo detalle cómo pescaban en invierno numerosos bacalao con el palangre por fuera de Punta Lucero, cómo pescaba las langostas y cómo iban con las traineras a remo hasta Bilbao para vender el pescado. A él le toco vivir todo eso, ya que su abuelo Plácido nació en 1886 y



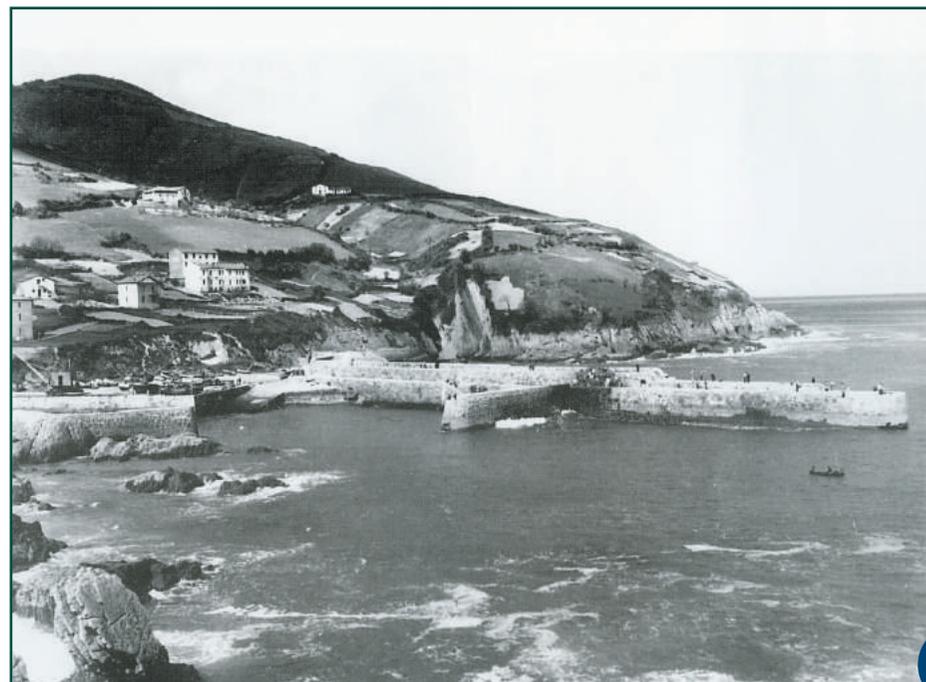
Benito con su madre y su abuelo Plácido.



conoció la pesca de sardinas a remo y los "piques" que había entre los pescadores de Zierbena por llegar los primeros a vender el pescado a Bilbao. Ahí se iniciaron las regatas.



Cuando la abuela de Benito murió, Benito era el más pequeño de la casa y como sus padres consideraron que algún nieto tenía que dormir con el abuelo, fue al más pequeño de la casa a quien le tocó dormir con él. Y como Plácido tenía muy poco sueño todas las noches le contaba a Benito numerosas historias de pescadores.



Benito recuerda con mucho cariño las noches que pasaba escuchándole, porque eran historias entrañables, que su abuelo le contaba una y otra vez. Muchas se le han olvidado, pero otras todavía las recuerda, como una que le contaba que hacía referencia a uno de los "piques" que hubo entre los pescadores de Zierbena para llegar antes al mercado de Bilbao. Su abuelo le contaba que un patrón le decía al popel "*pica a boga Manuel*" y éste le decía, "*Patrón, para qué vamos a picar si ya no los veo*"; quería decir que la otra embarcación se les había alejado mucho y picar la boga es aumentar el número de paladas para acelerar el bote, y por eso decía el popel, "*patrón si ya no los veo, para qué voy a picar la boga*".

En otra ocasión el abuelo Plácido le contó a Benito que un día que fueron a recoger las nasas de langostas, éstas habían desaparecido. Alguien se las había llevado y posteriormente se enteraron que había sido un pescador de Castro. En aquel entonces el capitán de la Comandancia de Marina le llamó a declarar al pescador castreño y le preguntó a ver por qué había cogido el aparejo de nasas y la explicación que dio es que ya había salido el sol y como no vio a





12

nadie, lo tuvo que levantar. En definitiva, reconoció que las había cogido porque como había amanecido y no las había recogido nadie, pues consideró que eran de él porque se las había encontrado.

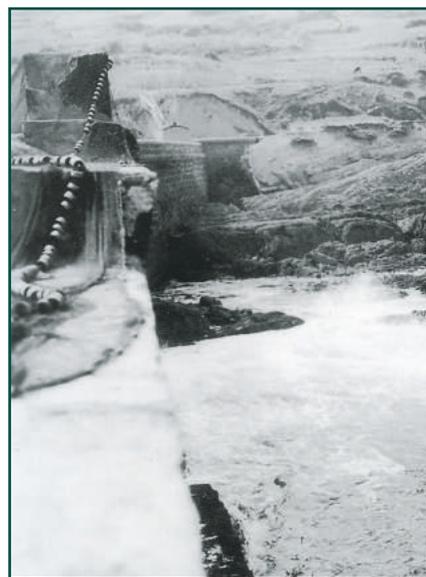
Otra anécdota muy curiosa que le contó su abuelo Plácido, es que durante la Guerra Civil el Abra fue minado y no se pudo pes-



Los padres de Benito en el puerto de Zierbena.

13

car hasta que no finalizó la contienda. Pero cuando se retiraron todas las minas y salieron a pescar por primera vez en varios años, las aguas del Abra estaban repletas de pescado y los pescadores de Zierbena, entre ellos su abuelo, llenaban sus botes en muy poco tiempo. Anchoas, sardinas, merluzas, chicharros, congrios, cabrachos, sargos, nécoras, centollos bogavantes, y hasta langostas, abundaban en el Abra. Quizá fueron los años de mayor riqueza de este estuario, debido a la larga moratoria impuesta a su pesca.



Benito también recuerda que su abuelo Plácido reconocía a todas las embarcaciones que salían del puerto tan sólo con oír el ruido de sus motores, y las iba enumerando: "ahí sale *"la calzada"*, ahí sale la *"Virgen del Rocío"*, ahí sale la *"Minuca"*, solía decir.



Desde los 9 años Benito iba por libre a examinarse todos los años, en el mes de junio, a un instituto de Bilbao. Era el único día del año en el que iba a Bilbao, porque el resto de los días prácticamente no salía de Zierbena. Como mucho solía ir con sus amigos a Santurtzi, pero la vida la desarrollaba en



Zierbena, y ese día era muy especial para él porque por un lado iba con la preocupación de los exámenes, pero por otro tenía la ilusión de ir a Bilbao, ya que por aquél entonces, aunque hoy pueda parecer un chiste, suponía toda una aventura para los chavales de Zierbena el hecho de desplazarse hasta la capital vizcaína.

Generalmente los alumnos que iban a examinarse con Benito a Bilbao solían sacar muy buenas notas, quizá por eso de que *“la letra con sangre entra”*.

Para cursar cuarto de bachiller Benito fue al colegio de San José de Calasanz de Santurtzi. Pero la mejor época del año, la que recuerda con más cariño, es la del verano, cuando se terminaban las clases.



Uno de los mayores atractivos que tiene el hecho de vivir en un puerto pesquero es que se tiene un gran contacto con la naturaleza, con el mar, con el monte... Benito vivía encima del puerto y estaba siempre rodeado de naturaleza y la verdad es que para un niño esa es una vida fenomenal. No es de extrañar que todos sus juegos girasen en torno a las actividades del puerto, pues incluso cuando jugaba a fútbol, los encuentros siempre los desarrollaba en la pequeña playa del pedregal que había en Zierbena, en los años sesenta, antes de la profunda reestructuración, (por llamarlo de una manera diplomática, ya que en realidad se trató de un auténtico sacrificio socio-cultural en aras del progreso), que experimentó este puerto vizcaíno en la segunda mitad de la década de los años ochenta del siglo pasado.

En definitiva, Benito siempre conservó unos recuerdos de la infancia muy entrañables.



### Ingreso en el instituto de Gallarta

En 1972, año en el que Benito finalizó cuarto de bachiller en el Colegio de San José de Calasanz de Santurtzi, fue inaugurado el instituto de Gallarta, que hoy se llama Dolores Ibarruri. Allí acudió Benito con 14 años a cursar quinto de bachiller y en ese instituto acabó el bachiller y el COU para, posteriormente, ingresar en la escuela de Náutica, en gran medida empujado por sus padres, que querían que siguiera estudiando. Allí conoció a Soraya, una jovencita que años



Benito junto a Soraya.



más tarde sería su mujer, pero no vamos a adelantar los acontecimientos.

Benito, desde muy pequeño, tenía muy claro que lo que más le gustaba en esta vida, y a lo que quería dedicarse era a pescar. Pero en casa, especialmente su madre, era muy reticente; conocía, por suerte o por desgracia, la vida del pescador porque era mujer e hija de pescadores, y no quería que su hijo tomase el relevo de esa dura profesión. Desde su punto de vista maternal quería "algo mejor" para su hijo, cuando en realidad para Benito eso era precisamente lo mejor.

Cuando estaba ya en cuarto de bachiller, un día, durante la comida, Benito planteó en casa que quería ir a Pasajes para estudiar patrón de pesca.

"¡Por lo menos termina el bachiller!", -le contestó inmediatamente su madre-, "luego ya irás". Benito la hizo caso y acabó sus estudios de bachiller. Entonces, ya con 18 años cumplidos, después de realizar la selectividad, planteó a sus padres muy seriamente que quería dedicarse a pescar, pero su madre nuevamente siguió insistiendo y diciéndole que al menos estudiase Náutica para ser capitán de barco. Benito volvió a obedecer y en el año 1976 entró al colegio superior de Náutica de Portugalete,



Benito Fernández Artetxe-Padre.



que, por cierto, ese mismo año cambiaron los planes de estudios de Náutica y se le consideró carrera superior. Él y sus compañeros de promoción estrenaron ese nuevo plan.

Cuando finalizó el primer curso, Benito ya no podía esperar más para llevar a cabo el sueño de su vida, que era ser pescador. Los días, las semanas, y los meses, se le hicieron interminables ese año porque no pensaba en otra cosa que en ir a la mar, a pescar. Pero no sólo durante los meses de verano, como ya hacía con su padre, sino siempre y como forma de vida. Un modo de vida que ya llevaba en la sangre.

De manera que, a pesar de que aprobó gran parte de las asignaturas, un día de finales de junio, cuando finalizó el primer curso de Náutica, Benito les dijo, esta vez muy seriamente a sus padres, que quería coger ya el testigo de la tradición familiar y dedicarse a la pesca, porque a Benito le gustaba la mar, pero en concreto la pesca, y él no se veía como capitán de un barco mercante o de un petrolero, como era el sueño de algunos de sus compañeros de carrera.





"Virgen del Rocío".

18

Su padre, que también era un pescador de vocación, apasionado del mar y de la pesca, le dijo, "¡pues conmigo no pienses que vas a venir!".

Al día siguiente Benito llegó a casa y le dijo a su madre;

- Oye ama, me tienes que preparar la comida porque he estado hablando con "el tuerto" (el tuerto era el patrón de un barco de pesca de Zierbena que estaba atracado en el puerto de Santurtzi), le he pedido plaza y me la ha dado.

Sus padres se quedaron bastante asombrados, pero inmediatamente su padre le respondió:

- ¡Bueno, bueno, pues si



19

vas a ir a la mar, mejor que vengas conmigo y no con otro! En esos años, el padre de Benito tenía un pequeño barco merluccero, llamado "Virgen del Rocío", que había comprado en Bermeo y con el que faenaba en compañía de dos cuñados (Julián y Angelín).

Pero lo curioso de todo ello es que Benito les había mentido. No había hablado con nadie, pero él sabía que su padre iba a tener esa respuesta, porque estaba convencido de que en el fondo quería que fuese a la mar a pescar y recogiese su testigo. Lo que pasaba es que su padre, no se atrevía a llevarle la contraria a su mujer, que quería inflexiblemente que su hijo estudiase Náutica.

Y así es como Benito comenzó a pescar de forma profesional, ya que desde crío, todos los veranos ya iba a pescar con su padre. Desde que tiene uso de razón recuerda las maravillosas jornadas de pesca que ha pasado con él.



Precisamente el mejor regalo que le podía hacer su padre al finalizar el curso, por aprobar todas las asignaturas, era llevarle a pescar. Y de hecho su mayor aliciente para enfrentarse a las asignaturas más duras, o a las que menos le gustaban, era pensar en que, si aprobaba, iba a ir a pescar ese verano con su padre.



#### Primeros recuerdos de Benito, la pesca de jibiones y congrios en el puerto

Los primeros recuerdos que Benito tiene de ir a pescar con su padre es a los cuatro años.

Ya entonces se subía en el bote de remos de su progenitor e iban hasta la bocana del puerto de Zierbena a pescar chipirones. Así pasaba todas las tardes del verano. Benito todavía recuerda que había días que llegaban a pescar hasta tres docenas de chipirones.

Unos años después, siendo algo más mayor, con 8 o 9 años, su padre le llevaba a pescar congrios al anochecer, pero no con el palangre, sino a pulso.

Benito recuerda cómo su padre echaba tres aparejos que dejaba amarrados en el bote y casi siempre picaban los congrios, alguno de ellos enorme, pues llegaron a pescar ejemplares de hasta 21 kilos con el bote de remos. Eso jamás se le olvidará. Allí



El padre de Benito tras una jornada de pesca en el "Virgen del Rocío".

estaba él pasando toda la noche con su padre -generalmente hasta las cuatro de la mañana-, si bien la mayoría del tiempo lo solía pasar dormido, hasta que picaba algún congrio, entonces su padre le despertaba para darle la buena noticia.



Su padre utilizaba como cebo jibiones, sardinas, colas de chicharro o verdel y, a la vez que esperaba, vigilaba los aparejos por si les habían comido la carnada y había que volver a encarnar en anzuelo.

Esas noches, en las que iba a pescar congrios con su padre por pura afición, se prolongaron durante muchos años, pues hasta apenas unos pocos años antes de morir su padre, en 1985, seguían acudiendo juntos, durante las noches de verano, a mantener viva esta costumbre que tanto les gustaba. Pero tras el fallecimiento de su padre, Benito ya no ha vuelto a ir a pescar congrios a pulso.

Además de congrios, cuando Benito cumplió los nueve años empezó a ir, durante los meses de verano, a pescar langostas con su padre. En este caso iban con otro pequeño barco de motor, que también tenía su padre, llamado "Nuevo América", con el que había empezado su vida de pescador. La temporada de la langosta tenía lugar sólo en los meses de verano.

Benito jamás se olvidará de que cuando tenía nueve años, su



padre le veía muy pequeño, como para llevárselo a pescar langostas y le decía antes de acostarse, "no te voy a llamar", pero no hacía falta que lo hiciese, porque el pequeño Benito, en cuanto oía de madrugada el menor ruido, se despertaba y toda su ilusión era ir a pescarlas. Hoy en día Benito está convencido de que muchas veces su padre hacía un poco de ruido para que se despertara.

### La pesca de langostas

Para pescar langostas, Benito salía con su padre en el barco una hora antes del amanecer, con el fin de llegar con los primeros rayos del día, al lugar en el que, el día anterior, había echado las jaulas y poder ver así las balizas que señalizaban las nasas. Algunas veces se iban hasta "Castro verde", que es un bajo que se encuentra a unas diez millas al norte de Punta Lucero y noroeste de Castro, famoso porque hace años se pescaban allí muchas langostas.

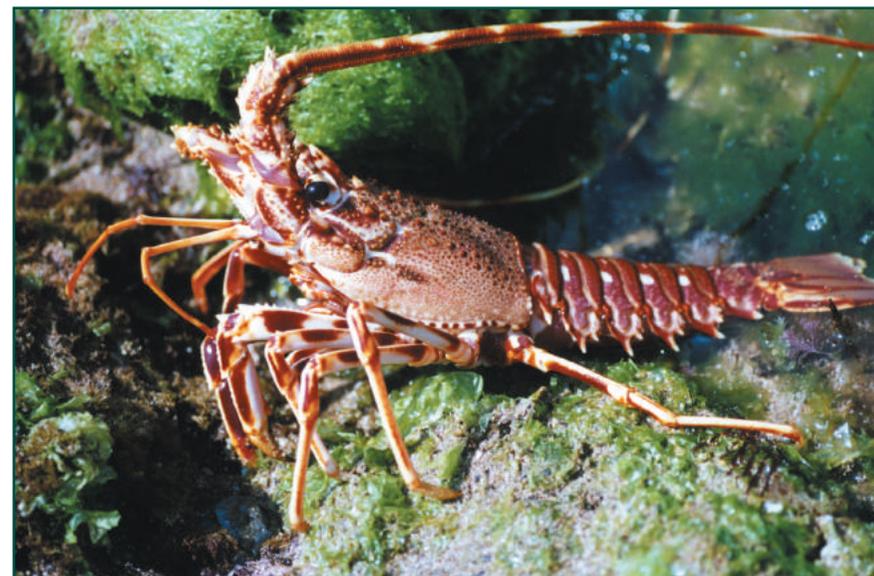
Entonces recogían las nasas y sacaban las langostas a las que, después, introducían en unos tanques con agua que tenían en el barco, para poderlas traer vivas al puerto. Para el mediodía estaban otra vez en el puerto de Zierbena.



En los años sesenta, se fabricaban unas nasas artesanales que el padre de Benito hacía con varas de avellano. Para fabricarlas iba primero hasta los montes cercanos donde había avellanos. Entonces cortaba las varas de una medida de aproximadamente un centímetro de grosor y manualmente iba confeccionando una jaula, que en un principio era plana por abajo y semicircular por arriba. El padre y los tíos de Benito aprendieron a hacer estas nasas que el abuelo Plácido, el padre de la madre de Benito, que era langostero, les enseñó. No sólo les enseñó a hacer las nasas, sino también las mejores zonas de pesca.

Las nasas medían metro y medio de longitud y un metro de altura. Posteriormente cambió la forma de las nasas y se hicieron redondas, Benito desconoce el motivo de ese cambio, pero cree que probablemente fue debido a que eran más fáciles de construir. También se ponían unas varas con una separación entre ellas de unos diez centímetros, con el fin de que por ese hueco se escaparan los ejemplares pequeños. Era una forma de preservar la especie y hacer sostenible el recurso, evitando así coger a los ejemplares pequeños. Era lo que hoy se denomina-

24



ría “una pesca sostenible”. ¡Ya en aquellos años!

Anecdóticamente, el primer día que se echaban las jaulas recién construidas, tenían que ir lastradas con varias piedras, pues de lo contrario no se sumergían. Después de que habían estado uno o dos días bajo el agua, perdían la flotabilidad y entonces ya se hundían fácilmente.

Una vez que Benito y su padre recogían las nasas, antes de lanzarlas nuevamente al agua, bien en el mismo sitio si se había dado bien la pesca, o en otro diferente si la noche no había sido buena, tenían que encarnarlas, generalmente con cabezas de bonito.

El aparejo era como un palangre, sólo que en vez de tener anzuelos tenía nasas. Era una línea “madre” en la que cada 25 metros había una nasa.

El primer día que Benito fue a pescar langostas tenía 9 años. Esa jornada jamás la ha olvidado. Su padre le dejó subir una nasa recién construida que había echado con una piedra para que se hundiera. Cuando Benito la estaba subiendo con sus propias manos, vio a una gran langosta en su interior, que brillaba con esos colores intensos anaranjados, pero se puso tan nervioso y emocionado que pegó un tirón tan fuerte, que la piedra de la jaula, que se había quedado encajada en su parte superior, entre dos varas, se cayó y pegó en

25



la vara de abajo, que iba fijada con unos clavitos; rompió el clavito y se abrió un hueco por el que se escapó la langosta. ¡Fue tal la desilusión y el disgusto que se llevó al ver que se le escapaba la langosta, que todavía se acuerda de aquel día!

Al finalizar la temporada, en los últimos días de septiembre, las nasas se guardaban de un año para otro, y al año siguiente volvían a servir.

En los años sesenta y principios de los setenta, había tres embarcaciones que se dedicaban a la pesca de la langosta en Zierbena, una de ellas era la de su padre. Para conservar vivos, a estos crustáceos, había habilitado unos viveros en la parte tra-



sera del espigón del puerto, que no eran otra cosa que unos grandes cajones de madera que permanecían flotando en la superficie, señalizados con una boya. Benito, desde su casa, veía las boyas y a su padre cómo metía a las langostas en esos cajones flotantes cuando llegaba después de cada jornada de pesca. Entonces había mucho respeto y nunca nadie les cogió ninguna langosta.

No se pescaban muchas langostas en cada jornada de pesca. Lo habitual era coger entre una y diez. Era raro que un pescador cogiese más de diez langostas en una sola jornada, y eso que calaba unas cien o ciento veinte nasas cada noche. Lo que si se solía coger casi siempre era algún bogavante.

Pero la pesca de la langosta desapareció en Zierbena a principios de los años ochenta. Cada día se cogían menos ejemplares con las nasas, hasta que dejó de ser rentable su pesca porque muchos días se levantaban las nasas y estaban completamente vacías.

Hoy esa pesca artesanal también ha desaparecido en Euskadi. En puerto de Armintza aún queda algún pescador que durante la temporada estival lanza alguna nasa, pero poco más. Actualmente se siguen pescando langostas, pero se pescan con "miños", que son unas redes que constan de varias mallas. Sin embargo, como oficio



artesanal, el de langostero, ha desaparecido en Euskadi.

Cuando Benito era niño había langosteros en los puertos vizcaínos de Algorta, Arminza Plentzia y Zierbena.

En aquel entonces la actividad pesquera de su padre variaba según la estación del año. En los meses de mayo a julio se dedicaba a pescar anchoas, con su pequeña embarcación, “*Virgen del Rocío*”, que no tenía ni siquiera elevador mecánico, pues la red se levantaba a mano; y el resto del año se dedicaba a las “*artes menores*”, palangre de congrios y “*palangrillo*”, que era un palangre similar al de congrios, sólo que con anzuelos más pequeños para pescar fanecas, cabras, cabrachos, palometas...



Después de haber sido usados, los palangrillos, se traían en unas cajitas pequeñas, siempre muy enredados, y había que desenredarlos. Por ello, a los chavales, y principalmente a las mujeres, se las pagaba una



peseta por desenredarlos y dejarlos listos para su uso.

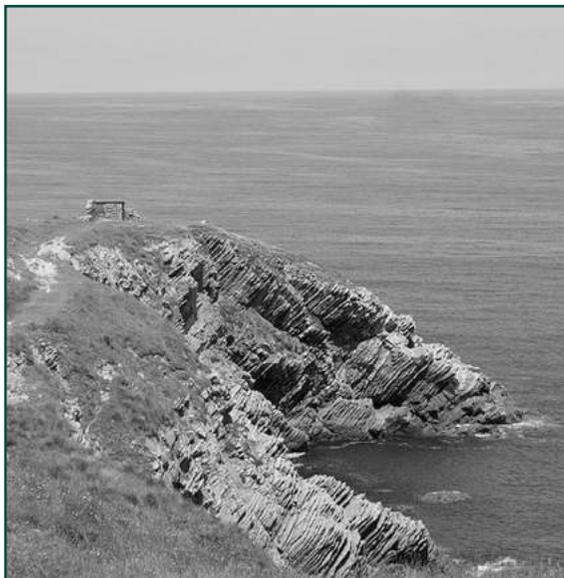
Después de la temporada de la anchoa comenzaba la pesca de la langosta, que se prolongaba hasta finales de otoño. Cuando llegaba el invierno se dejaba de pescar, debido a los fuertes temporales. Entonces era habitual que muchos pescadores de Zierbena ama-



rraran los barcos y se fueran a trabajar a las obras, o a los gangiles de la ría, esos remolcadores que sacaban a la mar los fangos que extraían continuamente las dragas para mantener el curso navegable.

En cambio, el padre de Benito durante el invierno se dedicaba a coger quisquillón con reteles. Eran días contados los que salía a pescar, ya que sólo podía salir a la mar cuando estaba tranquila y en invierno son muy pocos esos días.

Solía ir a la playa de La Arena y en los desagües de los pozos



de las minas de Cobarón, echaba los reteles con cabezas de bonito, aprovechando la llamada, en el argot pesquero, "la turbia". Benito padre, conocía bien cuáles eran los mejores sitios para la pesca del quisquillón que había en la zona llamada "del canal", y lograba vivir de esta pesca durante los peores meses del invierno.

Para pescar a los quisquillones tenía que trabajar a remo, pues aunque fuese con una embarcación de motor hasta el canal, tenía que llevar un bote a remolque y una vez que fondeaba la barca a motor, se subía en el bote de remos y con él iba echando los reteles y levantándolos a mano. La mayoría de los días eran fríos y lluviosos.

El padre de Benito se dedicó toda su vida a la pesca de bajura artesanal, salvo esos dos meses en los que se dedicaba a coger anchoa, en unas condiciones muy inferiores a las de otros barcos, ¡pero pescaba!, como sigue pescando su hijo hoy en día las anchoas, con una pequeña embarcación.

#### La pesca de la nécora en el Abra

Cuando Benito tenía 14 años, en 1972, su padre descubrió, de manera casual, que cerca de la escollera del superpuerto, que en



esa fecha se estaba comenzando a construir, había abundantes nécoras y cuando echaban jaulas cerca del espigón de punta Galea, salían repletas de grandes nécoras.

En esos años la nécora no era muy apreciada, de hecho, cuando iba con su padre con los reteles a coger quisquillón a Cobarrón, hasta entonces las nécoras que entraban en los reteles las devolvían al agua, ya que no se comercializaban. Sin embargo, a partir de mediados de los setenta, se empezaron a apreciar, sobre todo por parte de los restaurantes que demandaban grandes ejemplares y pagaban un precio razonable por ellos. Ello hizo rentable su pesca.

Entonces el padre de Benito, y otros pescadores de Zierbena, comenzaron a confeccionar un tipo de nasas para coger nécora y quisquillón. De esta forma dejó de pescar quisquillón con retel para capturarlo con estas nasas que fabricó. Eran unas nasas, parecidas a las de las langostas, pero más pequeñas. Las recubría de una malla plástica, más o menos de un centímetro de grosor para que no se escapase el quisquillón, y con ellas se cogían también abundantes nécoras.



En una ocasión, en la que Benito, fue con su padre a pescar quisquillón -entonces tenía 16 años-, llevaba una cesta grande de las que se metía el pan y en la que podrían entrar unos 80 o 100 kilos de nécoras. Benito y su padre iban levantando las nasas que habían echado el día anterior y en cada una había casi siempre más de veinte nécoras; incluso había algunas que tenían hasta cincuenta nécoras. ¡Era asombroso la gran cantidad que había!

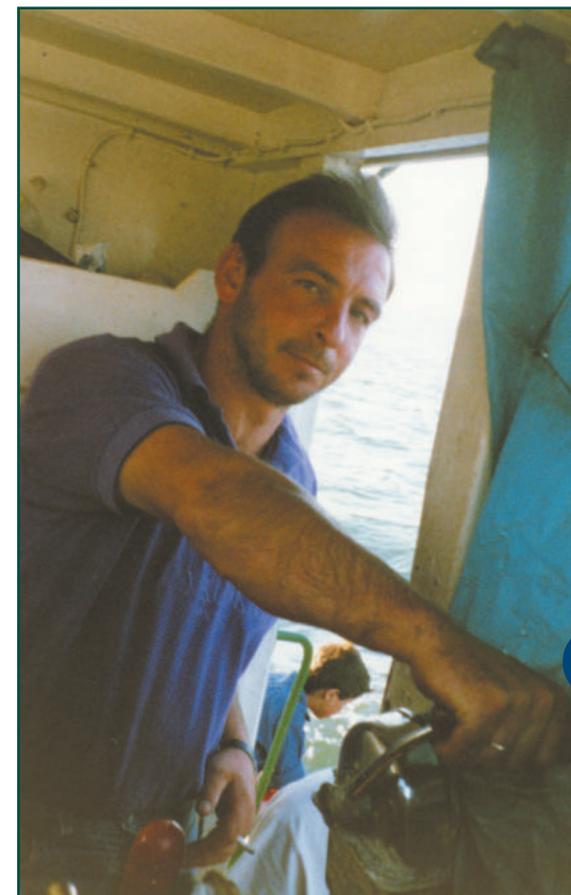
Benito y su padre cogían tantas nécoras que empezaron a tener problemas de comercialización, porque pescaban más de lo que podían vender.

Su padre hasta entonces solía vender fanecas, congrios, cabritas, merluzas, pero por aquellos años a la gente a la que vendía el pescado no comía nécoras. Estos crustáceos sólo los vendía en restaurantes. Por eso cogía únicamente los más grandes, de 250 gramos en adelante y no solía pescar más de 20 o 30 kilos porque más no podía vender. Sin embargo, con el paso de los años la población comenzó a apreciar a la nécora y comenzó su consumo popular.





De esta manera, hacia los años setenta, los pescadores del Abra comenzaron a llevar a cabo una costera que hasta entonces nunca se había hecho, la costera de invierno de la nécora y el quisquillón. Además, como se iba haciendo el espigón de Punta Lucero, ya tenían una zona a resguardo de las marejadas invernales, donde se podía pescar al abrigo de las olas y la mala mar que reina en los meses invernales. Por ello, cuando había mal tiempo y mala mar, Benito y su padre pescaban nécoras y quisquillones por el canal y la zona de La Galea y Punta Lucero.



Esta costera ha permanecido activa durante muchos años, pero en la actualidad ya sólo queda una embarcación en el Abra, que se dedica a ella, concretamente en Zierbena. Es la embarcación de un primo de Benito, conocido con el nombre de "El Farolín".

Hubo unos años, en la década de los ochenta, en los que hubo entre 15 y 20 embarcaciones pesqueras de Santurtzi y Zierbena, que se dedicaban a esta costera, y cogían mucha nécora y mucho quisquillón. Como recuerda Benito, "¡en una sola nasa de quisquillón se podía pescar hasta un kilo de estos crustáceos!" Sin embargo, a medida que pasaban los años se fueron reduciendo las capturas. Los pescadores creen que



ello no fue debido al agotamiento del recurso por su excesiva explotación, sino por un curioso fenómeno biológico que tiene que ver con la limpieza de las aguas del Abra.

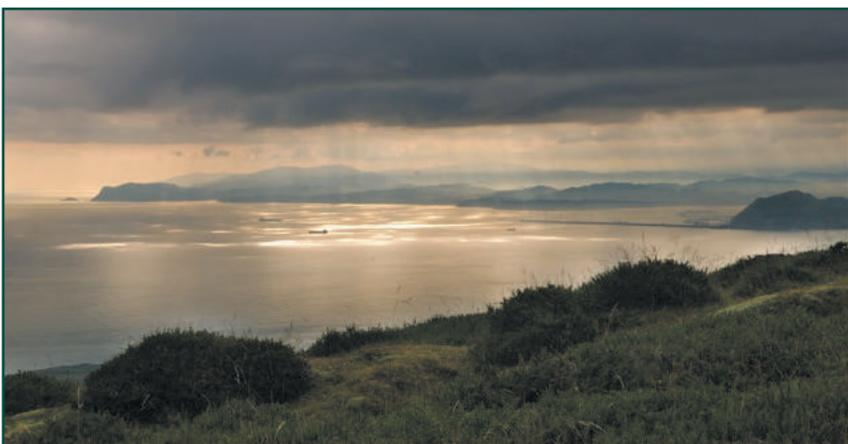
Tras la puesta en marcha de la depuradora de Galindo y la paulatina limpieza



de las aguas del Abra, se produjo paralelamente un gran aumento de la población de pulpos, que son enemigos naturales de las nécoras, pues se alimentan principalmente de crustáceos.



Entonces los pescadores empezaron a ver que cada vez entraban más pulpos en las nasas que echaban para coger nécoras. Aunque en esos años los pulpos los volvían a echar al agua, ya que, a diferencia de ahora, apenas se comercializaban. Ello añadido a la limpieza de las aguas, que se volvieron semi cristalinas, perdiendo la habitual turbidez que las había caracterizado durante años, hizo que la pesca de nécoras descendiera drásticamente. Cada vez se pescaban menos. Curiosamente, cuando más nécoras se pescaban era cuando el agua estaba turbia, después de que había caído un fuerte aguacero o tras un temporal. ¡Quizá veían menos las trampas!, el caso es que, como señala Benito, en esas circunstancias climatológicas es cuando más nécoras se cogían, con diferencia. Los días en los que las aguas estaban cristalinas entraban muy pocas nécoras y quis-



quillones a las nasas.

Además de esto, a medida que se fue ampliando el superpuerto y sus infraestructuras, los pescadores han tenido más problemas para pescar en muchas zonas del Abra. Antes podían pescar donde quisieran, pero poco a poco se les ha ido acotando las zonas de pesca.

En el canal, que tanto se pescaba, ya no se puede pescar porque ha quedado muy reducido, tras la ampliación del superpuerto. De manera que todos estos factores han hecho que esta pesca se haya ido reduciendo hasta casi desaparecer. Una pesca que fue en paralelo al desarrollo del superpuerto y, por desgracia, a medida que se ha ido acabando la construcción del puerto, también se ha ido acabando la pesca de la nécora y el quisquillón.

Benito también recuerda la pesca con redes, que primeramente eran de hilo. Existía un arte de pesca, llamado "trasmallo", con el que se pescaban salmonetes, cabrachos o durdos, pero prácticamente su padre no lo usaba. Ellos utilizaban redes denominadas "malla-bakarra". Con ellas pescaban pescadillas (merluza pequeña) y fanecas en el Abra y sus proximidades. Pero a Benito la pesca de red no le agradaba. Lo que menos le gustaba era levantar la red,



porque para él era algo muy monótono, aunque tenía que hacerlo.

Basilisa, la madre de Benito, era quien se encargaba de vender la mayor parte del pescado que capturaba su marido, salvo algunas especies, como la langosta, la nécora grande o el quisquillón, que vendía Benito personalmente a restaurantes del Gran Bilbao.

También la anchoa y la sardina la vendían directamente en la lonja de pescado de la Cofradía de Pescadores en Santurtzi.

Cuando Benito era un crío, con tan sólo doce años, iba con su madre a vender, a las once de la noche, las sardinas y las anchoas a la lonja de pescado de la Cofradía de Santurtzi. Entonces era tanta la gente que estaba allí para comprarlas, como sardineras, pescaderas, etc, que no cabían todos en la lonja.



Basilisa también vendía el pescado de forma tradicional, en las calles de Zierbena y Santurtzi, así como las nécoras de mediano tamaño que en los años ochenta se pescaban con abundancia en el Abra. Para ello se instalaba con un peso en la plaza Juan José Mendizabal de Santurtzi, y allí las vendía.

### **Benito comienza su vida como pescador profesional**

Después de salir a pescar durante toda su juventud con su padre, y estar en íntimo contacto con el mundo de la pesca, Benito Fernández Artetxe, tras finalizar primero de Náutica en Portugalete, a punto de cumplir los veinte años, comienza su vida de pescador profesional, junto a su padre, y de esta forma



logra mantener viva la tradición familiar que se ha ido transmitiendo de padres a hijos.

Fue en otoño, cuando Benito empezó a pescar con su padre y sus dos tíos (hermanos de su madre) en la embarcación “Virgen del Rocío” durante un año y medio. Su padre y sus tíos pescaban juntos durante todo el año con artes menores, palangre -principalmente de congrio-, y nasas, excepto durante la temporada de anchoa, de mayo a julio, en los que iba sólo con su padre.

Después de ese año y medio de ejercer la pesca profesionalmente, Benito se tuvo que ir a cumplir el servicio militar al Ferrol (Galicia). Corría el año 1978. Allí estuvo dieciocho meses y regresó a casa un 15 de agosto de 1980, con 21 años para hacer 22. Era el día de la Virgen del Puerto, la fiesta de Zierbena.

Al día siguiente salió a pescar en el viejo barco de su padre, la merlucera “Virgen del Rocío”. Pero Benito muy pronto se dio cuenta que de ese barco no podía depender su futuro, por ello estuvo hablando con su padre y tomaron la decisión de comprar un barco para él. Su padre entonces, que tenía ya casi sesenta años y estaba pensando en la jubilación, le dijo: “*pues bueno hijo, si vas a dedicarte a la mar, mejor que compres un buen barco*”, y así hicieron.



Benito -el primero de la derecha- en El Ferrol.



Puerto de Hondarribia.

Benito y su padre comenzaron a recorrer los puertos de Bizkaia y Gipuzkoa en busca de un barco que cumpliera con sus expectativas y visitando puerto por puerto y preguntando a los marineros si sabían de algún barco de pesca que se vendiese, llegaron hasta Hondarribia. Allí todas las merluceras estaban pintadas de verde o de azul, y curiosamente había una de color rojo.

Preguntaron en la cofradía de pescadores si había alguna a la venta, pero les dijeron que no, aunque había una, llamada “Gure Ama Gelaxi”, que casualmente era la roja, cuyo dueño, un tal Xanti, acababa de tener un accidente y había fallecido, (una noche le había atropellado un coche al cruzar la carretera). Quizás su familia tuviese intención de venderla.

Por ello les dieron el teléfono de su hermana Pepita, y Benito y su padre se pusieron en contacto con ella.

La llamaron por teléfono y la dijeron que eran unos pescadores de Zierbena que estaban buscando una merlucera y si tenían intención de vender la de Xanti.

Les contestaron que sí la querían vender, pero tenían problemas porque su hermano Xanti, había fallecido de repente. El caso es que

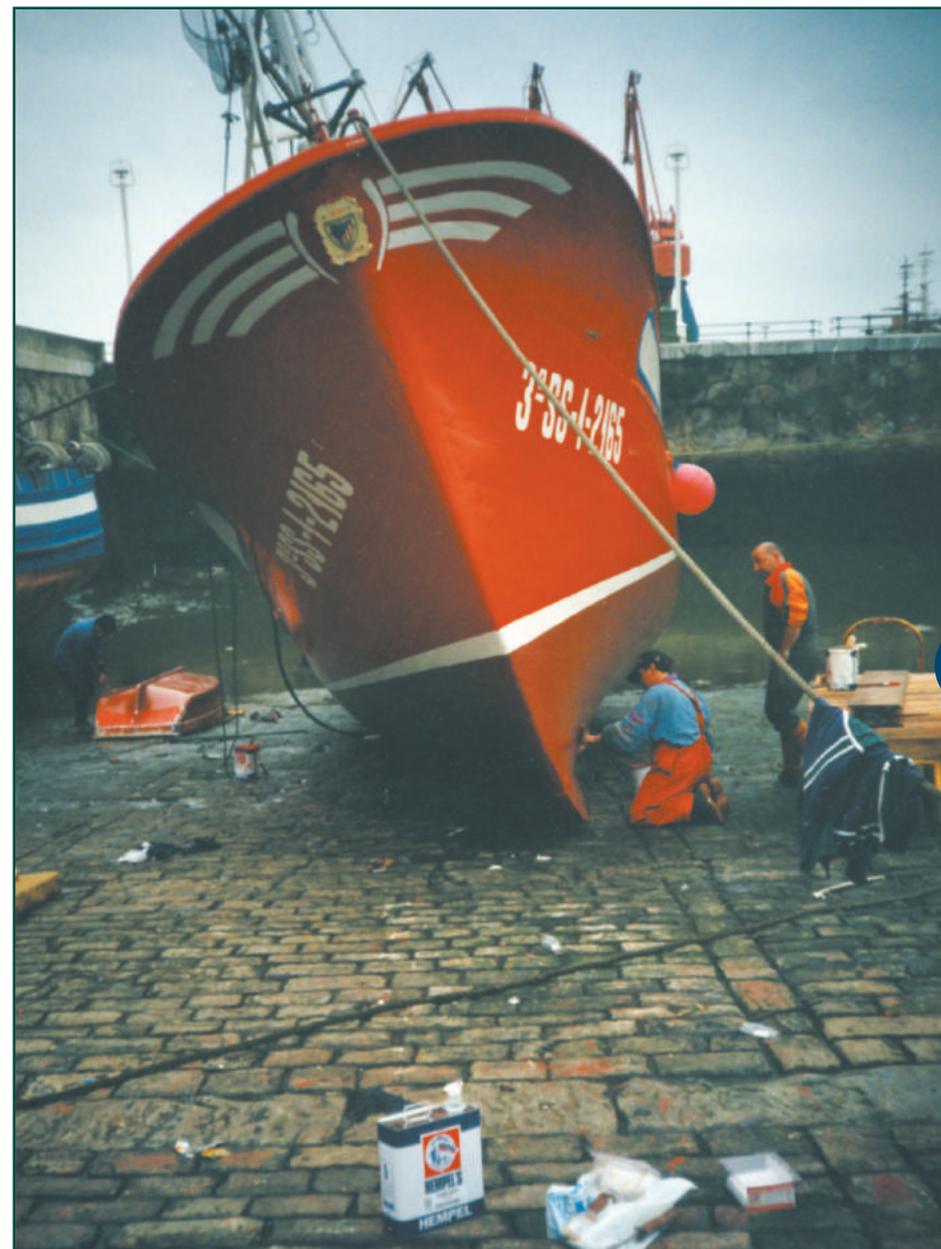


Soraya con el padre de Benito.

al cabo de un tiempo el barco se vendió en una puja, a sobre cerrado, y Benito acudió a ella con su padre e hicieron una oferta de cuatro millones ochocientas mil pesetas que fue la más alta. Así compró Benito su primer barco en el año 1980.

Benito y su padre transformaron el barco porque ellos nunca se habían dedicado a la pesca de merluza de anzuelo. Antes de llevarlo a Zierbena le hicieron diversas modificaciones para poder pescar anchoas en el Abra con el cerco. Le instalaron un alador (elevador) hidráulico y todo el sistema que se requiere para poder pescar a cerco.

Benito recuerda con especial cariño a la familia de pescadores que les vendieron el barco, porque les trataron, a él y a su padre, de maravilla. Solucionaron todos los problemas de una forma completamente amistosa. Cuando Benito llevó el barco a revisar al astillero descubrió que había una zona que estaba en mal estado y que había que cambiar. Era algo que los antiguos propietarios no conocían, pero a pesar de haber comprado ya el barco, Benito no tuvo ningún problema para llegar a un acuerdo



con ellos y costear la avería a medias. Benito hizo una gran amistad con esa familia, que todavía mantiene.





44

**2 de noviembre de 1980, Benito comienza a pescar con su barco, el "Gure ama Gelaxi"**

De este modo el 2 de noviembre de 1980, Benito comenzó a salir a la mar con su padre a bordo de su nuevo barco, el "Gure ama Gelaxi", e inició así su nueva vida profesional. Sus tíos continuaban pescando con el "Virgen del Rocío".

Era un viernes. Benito y su padre salieron a pescar nécoras al Abra, concretamente fueron a la zona de Punta Galea, conocida como "la escollera", y a "el canal". Llevaban entre 130 y 140 nasas. Ese día cogieron más de cien kilos de nécoras. Benito estaba muy emocionado y completamente feliz.



Cuando Benito y su padre querían coger quisquillón calaban las nasas en "el canal", donde el fondo es areno-



45

so y pedregoso; y cuando querían pescar nécoras iban más hacia la zona de la Galea, así como a las caídas de las escolleras.

Sin embargo empezaron a tener problemas para comercializar las nécoras, ya que apenas podían venderlas al público, puesto que había poca demanda y todas no podían vender a los restaurantes, porque éstos sólo compraban las grandes, las que pesaban más de 200 gramos, es decir esas que entran sólo cuatro o cinco en el kilo.

Y lo normal era pescar nécoras más pequeñas de las que entran entre ocho y diez en el kilo.

En cierta ocasión, como la madre de Benito no lograba vender todo el quisquillón que tenía, alguien de algún restaurante le comentó que había un vivero en Deusto y que





podrían hablar con el responsable porque quizá le pudiera interesar comprar quisquillón vivo para mantenerlo en sus viveros e irlo vendiendo poco a poco.

46

Entonces Benito fue con su madre a "Viveros Deusto", que estaba al principio de la calle Blas de Otero, en un bajo, y hablaron con el propietario, José Luis Cuadrado. No les resultó difícil llegar a un acuerdo con él sobre los precios de venta, y así el "gran pescador" logró resolver uno de sus principales problemas, que era el de la comercialización.

A partir de entonces, José Luis le compraba a Benito todo lo que le llevaba, que era lo que no podía vender en los restaurantes. Durante los años que estuvo trabajando con él, hasta que abandonó la pesca de la nécora y quisquillón, en 1994, Benito nunca tuvo ningún problema. De hecho hizo una gran amistad con José Luis, ya que era una gran persona y tenía una capacidad asombrosa para trabajar.

En el año 1987, cuando estaba en pleno auge el conflicto de los astilleros de Euskalduna y casi todos los días sus trabajadores "tenían tomado" el puente de Deusto, Benito solía ir en el tren, desde Santurtzi, con los baldes de nécoras y tenía que pasar el puente como fuese. En más de una ocasión se tuvo que bajar en Olaveaga y las pasaba realmente mal para poder atravesar el puente de Deusto.



47





48

**Benito se casa el 8 de mayo de 1981**

Siete meses después de estrenar su nuevo barco y comenzar su vida profesional, el 8 de mayo de 1981, Benito, con 22 años, contrajo matrimonio con su novia de toda la vida, Soraya, a la que había conocido en el instituto de Gallarta cuando apenas tenía 16 años. Tras siete años de noviazgo, la parroquia de Ortuella fue testigo de su unión matrimonial.



Cuando se conocieron, Soraya estudiaba con Benito en el Instituto de Gallarta. Ella, con 15 años, cursaba quinto de bachiller y Benito, con 16, estaba en sexto. Tuvieron un largo noviazgo de siete años, que fueron los más bonitos de la vida de Benito y de los que guarda emocionantes recuerdos..

Soraya era de Ortuella, allí vivía con sus padres y sus cuatro her-



49

manos. El padre de Benito decía que era del sur porque para los de Zierbena Ortuella es el sur. Siempre le ha tomado el pelo por ello. Cuando Benito iba con su padre a los puertos, como era muy bromista, en el momento de presentar a Soraya decía, *"esta es la novia de mi hijo, es del sur; del sur de Zierbena"*.



Cuando Benito se casó dejó el caserío en el que nació, y donde vivía con sus padres, y se trasladó a vivir con Soraya a Santurtzi. Allí sigue residiendo en la actualidad. Para el *"gran pescador"* Soraya ha sido, y es, una parte muy importante de su vida, porque como dice, *"a ella le ha tocado vivir todo, lo bueno, lo malo, lo regular"*. Con ella tuvo dos hijas maravillosas y siempre le ha dado gracias a Dios porque la puso en su camino. Y realmente no le falta razón, ya que Soraya duran-



te toda su vida ha bajado al puerto a despedir cada atardecer a Benito, cada vez que éste salía con su barco a pescar, aunque lloviese, nevase o hiciese 40 grados de calor.

Curiosamente, al cabo de los años,

Benito y Soraya en su interminable peregrinar por todos los puertos cantábricos, encontraron en el puerto de Cudillero un monumento que rinde homenaje a los mineros y a los marineros. Fue como si se una premonición se tratara y su destino de hija de pueblo minero e hijo de pescadores, estuviesen indefectiblemente unidos.

Después de casarse, el día 8 de mayo de 1981, Benito y Soraya se fueron una semana de de viaje de novios a Mallorca, hasta el 17 de mayo. Esa vez fue la primera que Benito se subió a un avión y cuando regresó, su padre estaba enfermo en la cama. Días antes había hablado por teléfono con él y le había dicho que se estaban pescando anchoas en el Abra.

Benito, que nunca hasta entonces se había dedicado, sin su padre, a pescar anchoas, tuvo que meter el arte él solo, sin la ayuda de su padre. Pero, curiosamente, el primer día que salió a la mar a pescar anchoa, no se le olvidará nunca, porque hizo una gran pesca de 600

kilos de anchoa, algo asombroso para no tener ninguna experiencia.

Entonces Benito acababa de finalizar la costera de nécora y quisquillón que terminaba el día 1 de mayo.



Muy poco tiempo después de casarse Benito tuvo dos hijas, Laura y Cristina. Laura estudió turismo en la Universidad de Deusto donde se diplomó en 2002 a los 19 años. Fue una buena estudiante y desde que acabó sus estudios está trabajando en una agencia de viajes de Bilbao, mientras que Cristina se licenció en empresariales en



la Facultad de Ciencias Empresariales de Elcano en 2004, y en la actualidad está trabajando en una empresa de seguros. Benito está muy orgulloso de dos hijas y de haberlas podido dar unos estudios, unas hijas que, como suele decirse, son "la niña de sus ojos" y, de hecho, siempre han estado muy unidos. Pero después de este paréntesis en el tiempo volvamos a 1980.



### La pesca de la lubina

Benito estuvo pescando con su padre en su nuevo barco "Gure Ama Gelaxi" desde el 2 de noviembre de 1980 hasta que éste falleció, cinco años después,



en 1985. Habían contratado a dos marineros. Generalmente solían salir a pescar los cuatro y realizaban la misma actividad que siempre había hecho su padre. Desde el mes de octubre hasta abril, se dedicaban a mariscar (quisquillón y nécora), pero en esos años salió otra "costera", que no se había hecho nunca en el Abra. Era la pesca de la lubina con palangre a flote.

Benito y su padre siempre habían pescado con palangre de fondo para congrios, y con palangrillo, con el que pescaban los peces de roca, como cabrachos, cabritas, fanecas..., pero se dieron cuenta de que algunos pescadores pescaban lubinas con palangre a flote.

Sin pensárselo dos veces, prepararon unos palangres de ese tipo y empezaron a simultanear durante todo el otoño y el invierno, el marisqueo, con la pesca de la lubina.

Para ello solían coger carnada con las jaulas, por-





que el cebo que utilizaban para pescar lubina era una especie de carramarro nadador, al que llamaban “*patalín*” porque movía sus patas traseras para nadar. En las zonas en las que había fango eran muy abundantes estos cangrejos. Y así durante bastantes años se dedicaron a pescar lubinas, con bastante éxito por cierto.

Las pescaban generalmente desde punta Galea hasta el Cabo Matxitxako, entre 15 y 40 metros de profundidad. Pero en la zona



donde más capturas obtenían era desde Cabo Villano, hasta Matxitxako y por fuera de la fallida central nuclear de Lemóniz, en la playa de Bakio.

El palangre a flote era similar al que utilizaban para pescar congrios, pero, a diferencia de éste, llevaba después de cada seis anzuelos, un corcho. Entonces echaban “*el muerto*” en la boya y quedaba siempre en la superficie.

El palangre, que tenía unos mil anzuelos, lo largaban por la tarde y volvían a recogerlo al día siguiente por la mañana, ya que simultanea-



ban la pesca de lubina con la de la nécora.

Así, Benito y su padre iban largando y encarnando a la vez. Tenían "un auxiliar" (un pequeño bote a motor con una bomba de agua) en marcha, provisto de una especie de vivero para mantener a

los carramarros vivos, para que cuando los engancharan al anzuelo, estuviesen lo más vivos posible. Para que no se enredase el palangre les quitaban las dos patas que muerden.



56



Largar el palangre de lubinas era un poco lioso, porque era de pita y ésta es fácil que se enrede. Pero se les daba bastante bien el manejo de ese arte.

De hecho, hubo unas temporadas en los que sólo se dedicaban a la lubina, porque era más rentable que realizar otro tipo de pesca. Entonces echaban el palangre por la tarde, después regresaban a puerto, y a la mañana siguiente acudían a levantarlo. Llevaban carnada y si se había pescado mucho, volvían a encarnar y a echar el palangre en el mismo sitio. Sólo cuando no se daba bien la pesca cambiaban de sitio.

La pesca de la lubina era muy variable. Había veces, las menos, pero



57

las había, que no cogían ninguna y otras que sacaban más de cien lubinas, aunque la mayoría de las veces solían coger unos 40 ejemplares. Y en cuanto al tamaño, oscilaba entre el kilo y los siete kilos. Pero el "gran pescador" y su padre no sólo cogían lubinas, también solían pescar muchas mojarras con este palangre, así como alguna dorada. En la zona de Cabo Villano siempre echaban dos palangres, desde Villano hasta Arminza. Y allí siempre pescaban muchas mojarras. Esa es una zona buena para la mojarra.



La lubina más grande que ha cogido Benito a lo largo de su vida como pescador pesó siete kilos y setecientos gramos, y aunque ha oído decir a algunos marineros que han pescado lubinas de diez kilos, él nunca ha visto ninguna de ese peso.

Uno de los peores temporales que ha



sufrido Benito en su vida de pescador tuvo lugar precisamente pescando lubinas. Era un mes de enero y tenía los aparejos largados entre Cabo Villano y Bakio. Súbitamente se

levantó un temporal de noroeste fuertísimo, por lo que tardó unas cinco horas en llegar hasta Santurtzi. El temporal les dejó la cubierta "barrida", perdió los aparejos, los cajones del pescado y fue espeluznante la lucha que tuvo que librar, él y su tripulación, con las grandes olas y la tem-



pestad. Su mujer Soraya, muy asustada al ver que no llegaban a puerto, se puso en contacto con la Cruz Roja del Mar para solicitar ayuda, pero telefónicamente se limitaron a decirle que al día siguiente saldrían a buscarles si no aparecían. Sin embargo, Benito y su tripulación lograron entrar en el puerto de Santurtzi sobre las tres de la tarde, ¡desde las diez de la mañana que habían salido de





Cabo Villano! Cinco largas y angustiosas horas de lucha contra los elementos más desfavorables.

### La pesca de congrios con palangre

Además de lubinas, Benito y su padre también pescaban congrios con palangre en los meses de invierno. Para ello solían salir por la noche, hacia las dos o las tres de la mañana, con el fin de echar el palangre una hora antes de que



amaneciera. Se acostaban muy pronto por la noche, a eso de las diez y media, y se levantaban las dos de la mañana. Tenían que tener cuidado de no echar muy pronto el palangre, ya que dependiendo de la zona en donde iban a pescar, la "pulga", un pequeño crustáceo marino, se comía la carnada.

Si querían hacer una buena pesca, tenían que calcular y cuidar hasta el último detalle.

El padre de Benito conocía bien las zonas de pesca, y dependiendo de si en ellas había pulga o no, echaban más tarde o más temprana-





no el palangre. A veces también salían hacia las cuatro o las cinco de la tarde a echarlo, en zonas donde no había pulga. Después regresaban hacia las ocho, y al día siguiente, una vez que había amanecido, hacia las seis de la mañana, iban a levantarlo.

La recogida del palangre de congrios siempre la hacían a mano.



Cogían con un gancho su inicio, que estaba marcado con una boya, y tenían un cajón en el que iban enrollando el palangre, que al principio se echaba todo completo. Si bien esta técnica después la cambiaron y pusieron unos "giratorios" en la línea madre, con el fin de que no se enredase, y según lo iban levantando, lo enrollaban bien para luego poderlo echar, sin tenerlo que desenredar. Pero esta técnica fue posterior, ya que en un principio todos los pescadores que usaban palangres tenían que llevarlos a puerto y desenredarlos antes de volverlos a usar.



Benito todavía recuerda que se pagaba una peseta a las mujeres, y a los niños, para que en el puerto hicieran esta tarea.

Cuando levantaban el palangre, lo hacían entre tres personas. Uno lo levantaba, otro gobernaba



el barco y una tercera persona estaba con un gancho. Cuando el que estaba levantando el palangre notaba, por el peso, que venía una pieza, se lo decía al del gancho y éste le clavaba el gancho al congrio en cuanto asomaba



la cabeza en la superficie. Después le subía al barco y, sin soltarle, le cortaba la cabeza. Luego se cortaba el anzuelo y se le destripaba.

Benito y su padre no solían ir muy lejos a echar el palangre. Generalmente solían hacerlo entre Cabo Villano y Castro Urdiales, y a veces a muy poca profundidad. Como señala

Benito, *"el palangre para congrios siempre hay que echarlo bordeando las rocas, ya que el congrio se encuentra en las rocas próximas o en las que están en fondos arenosos. Además, si se echa el palangre en las rocas se engancha en ellas y hay problemas para levantarlo"*.

Las capturas solían ser abundantes. Benito recuerda que hace veinte años se pescaban muchos congrios. Por ello gran parte del año se dedicaba a su pesca.



Casi nunca solía coger menos de cien kilos en una noche. Habitualmente cogía entre cien y quinientos kilos de congrio. Había días excepcionales que incluso se pescaba más, pero la media solía ser de doscientos o doscientos cincuenta kilos por jornada de pesca. Echaba unos mil anzuelos y solían salir congrios de seis o siete kilos, incluso algunos de hasta veinte kilos.

Hay congrios que viven durante todo el año en su agujero y hay, el llamado "congrío estacional", o "de entrada", que llega a la costa



vasca temporalmente en primavera y verano. Si bien su morfología, es decir, su aspecto externo, es el mismo, su coloración en cambio varía y es mucho más claro, más grisáceo que el con-



grio que permanece durante todo el año, que es completamente negro.

Benito y su padre ya sabían que cuando echaban el palangre en una "fanequera", es decir en las rocas rodeadas de arena, iban a pescar congrios negros. En cambio cuando echaban una hilera larga, es porque intuían que en esa zona podían haber venido congrios que habían colonizado oquedades entre las rocas.

El congrio más grande que ha pescado Benito pesaba 24 kilos. Lo cogió una noche con el palangre a mediados de los años ochenta. De 18, 19 y 20 kilos solía coger muchos. También pescaba muchos "latigillos", (congrios pequeños), pero había días en los que no pescaba nada más que quince o veinte kilos de congrios; es decir, cuatro latiguillos y poco más. Eran días en los que el palangre caía en mal sitio, o por el motivo que fuera los congrios



no picaban y no pescaba nada.

Por fortuna nunca tuvo que lamentar ningún susto con ningún congrio, si bien alguna vez alguno ya le ha mordido la bota o el pantalón de agua, pero nada más.

Cuando Benito pescaba congrios con palangre solía coger también bastantes tollos y una noche, cerca de la playa de Sopelena, quedó enganchado al palangre de lubinas, a 27 metros de profundidad, un enorme tiburón de unos 70 kilos de peso, de aspecto muy similar al de un tollo. Probablemente mordió algún pescado que estaba enganchado en el anzuelo del palangre.



### La pesca de la anchoa a cerco y la llegada del sónar

Con la llegada de la primavera, desde los meses de abril hasta septiembre, llegaba la



temporada de la pesca de anchoas, sardinas y chicharrillos con redes de cerco.

El "gran pescador" recuerda que cuando comenzó a pescar con su padre no tenía sónar, simplemente poseía una sonda con la que iba recorriendo el Abra en busca de pescado. La sonda, además de marcar la profundidad, señalaba cuando había algún pescado entre el barco y el fondo. Con ella era muy difícil localizar a los bancos de peces; pero como entonces había bastante pescado en el Abra resultaba fácil localizarlo con ese método tan rudimentario.



Por ello Benito y su padre navegaban constantemente por el Abra en busca de los bancos de peces y cuando veían una mancha en la sonda, echaban rápidamente unos pequeños corchos al agua, que señalizaban dónde habían localizado al pescado. Seguidamente hacían un cerco, largando las redes en la dirección en la que, por su experiencia, consideraban que se dirigía el pescado.

Normalmente, por aquel entonces, y hasta finales de los años ochenta, los pescadores que faenaban en el Abra con cerco creían que el pescado nadaba por las mañanas hacia el sureste,



por las tardes hacia el oeste, y por la noche hacia el norte. Esa era una regla de oro. Cuando no había sónares, todos los pescadores del Abra hacían las largadas de sus redes de cerco de la misma forma. Como recuerda Benito, a la "nohecilla" se largaban las redes para el norte; por la mañana se largaban para el alba, es decir hacia el sudeste, y por las tardes para oeste. Pero, evidentemente, muchas veces echaban el cerco y no cogían ni un sólo pez.



Después, a principios de los noventa llegaron los sónares. Y con ellos, como

ofrecían la posibilidad de detectar la dirección que llevaba el pescado, se empezó a coger algo más, pero sólo algo más, porque si bien los pescadores tenían la capacidad de pescar con más facilidad, también la



cantidad de pescado fue disminuyendo en el Abra. Así, empezó a haber barcos cada vez mejor equipados, pero también había menos pescado. Por lo que, como señala Benito, "a pesar de la tecnología, se pescaba casi más antiguamente con barcos rudimentarios, porque había muchísimo pescado, que ahora, con los barcos equipados con las técnicas más modernas de pesca".



Cuando se le pregunta a Benito si era acertada la creencia de los pescadores, sobre la dirección que tomaban los bancos de anchoas y sardinas, responde que en parte sí, pues sólo era acertada la dirección que tomaba el pescado al alba y por la nohecilla. Pero no sabe por qué motivo todavía hoy en día estos bancos siguen haciendo prácticamente este recorrido. A la nohecilla los bancos de peces del Abra nadan hacia el norte, mientras que al alba nadan





72

hacia la salida del sol. En la dirección que tomaba el pescado durante el resto del día no acertaban nunca, pues con los sónares ha comprobado que en este momento los bancos de peces nadan arbitrariamente, sin tomar una dirección predeterminada. El "gran pescador" instaló el sónar en su barco en 1990, cinco años después de morir su padre. Coincidió que un barco de Santurtzi cesó su actividad y le compró el sónar de segunda mano. Era un sónar americano que le costó medio millón de pesetas (3.000 euros actuales), pero su precio era de un millón doscientas mil pesetas.



El primer día que Benito salió a la mar a pescar con el sónar no lo sabía usar. Le dieron algunas instrucciones, pero al principio no se

aclaraba. Sin embargo, como todo en esta vida, a medida que lo fue utilizando, fue aprendiendo a usarlo.

El sónar tiene diferentes escalas y generalmente en el Abra no se trabaja con una escala muy grande porque son fondos poco profundos. Benito solía llevarlo a 120 metros todo alrededor del barco y trabajaba con él con media circunferencia, porque como dice "el pescado que ha pasado por detrás del barco, ya está pasado".

Benito reconoce que con el sónar era más fácil pescar, se veía más pescado y se le molestaba menos, porque no se pasaba por encima de él. Ello amplió su capacidad de pesca, pero a medida que los pescadores fueron ampliando su capacidad de pesca, también ha ido desapareciendo la cantidad de pescado. Y cuando todos los pescadores del Abra tenían sónar, ya no había la cantidad de anchoa o sardina que se pescaba antiguamente.

El "gran pescador" también recuerda que su abuelo paterno, Abundio, del que decían que era uno de los mejores pescadores de bajura, y el que mejor conocía cada rincón de la mar, como las fanequeras y los lugares donde había peces, apenas veía, pero se orientaba perfectamente, a pesar de que en aquel entonces no había



73



GPs, ni sistemas de navegación.

Entonces los pescadores se orientaban por las marcas o referencias que tomaban con respecto a tierra, y Abundio se orientaba de forma asombrosa a través de estas marcas, que Benito cree que se las enseñó a su padre.

#### El "gran pescador" pierde a su padre

En el mes de junio de 1985, el padre de Benito se jubila, pero apenas un mes más tarde, en agosto, fallece como consecuencia de una peritonitis, sin llegar siquiera a cobrar la jubilación.

"El gran pescador" se quedó solo, con 26 años, a un mes de cumplir los 27, y con bastante inexperiencia, ya que en los escasos cuatro años en los que estuvo trabajando profesionalmente con su padre, no le dio tiempo a recibir todos los conocimientos que éste había adquirido a lo largo de toda su vida. Conocimientos que a su vez también le fueron transmitidos de su padre Abundio, -abuelo de Benito- y a los que sumó su propia experiencia.

Benito no tuvo más remedio que seguir adelante con los dos marineros que habían contratado, Juan, que era de Zierbena y José, que vivía en Santurtzi. Además tenía que sacar el título de patrón de segunda litoral, pues el que poseía era el título de



patrón de pesca local.

Para ello tuvo que hacer unos cursillos al cabo de unos meses en la cofradía de pescadores de Santurtzi y obtuvo el título para poder llevar el barco, a pesar de que ya lo llevaba desde que lo compró, pues su padre le decía que era él quien se iba a quedar con el barco y por ello tenía que coger experiencia y aprender a manejarlo bien.

Tras la muerte de su padre, la madre de Benito dejó de vender el pescado y fue Soraya quien tomó su relevo y empezó a llevar también el marisco, las nécoras y el quisquillón, a los viveros de Deusto. Benito recuerda que compró un pequeño automóvil para ello, un Citroën C15, y con esa compra "se quedó sin un duro". Las "cuatro perras" que tenía se las gastó en el coche. De ese modo Soraya empezó a hacer lo que hacía su suegra y tomó las riendas de la comercialización de lo que Benito pescaba, a pesar de que ella no había visto en su vida un pez, pero se puso manos a la obra y no sólo iba a los restaurantes, sino que también los fines de semana vendía pescado y nécoras a la gente de Santurtzi. Para ello se instalaba en la plaza de Mendizabal.





76

Desde que Benito compró el barco "Gure Ama Gelaxi" lo empezó a amarrar en Santurtzi, aunque pertenecía a la cofradía de pescadores de Zierbena, ya que una de las limitaciones que tenía el puerto de Zierbena, es que en invierno no era seguro, porque no estaba muy resguardado. Siempre que venía un



77

temporal, o una marejada fuerte, los patrones de los barcos pesqueros de Zierbena los llevaban a Santurtzi, a la desembocadura de la ría, para ponerlos a resguardo.

Cuando murió su padre, en 1985 solicitó ingresar en la cofradía de pescadores de Santurtzi y desde entonces está en ella. Desde 1990 es su presidente. Pero como bien sabe Benito, ser presidente de una cofradía de pescadores es un regalo que no quiere nadie, porque no supone más que problemas y trabajo; acudir a reuniones y dedicar mucho tiempo a ello. En la última década, los pescadores han tenido muchos problemas, tales como el derrame de crudo del Prestige, la costera de la anchoa... Ello ha obligado a Benito a tener que acudir a numerosas reuniones y defender en ellas los intereses de los pescadores.

Pero sobre todo, el gran caballo de batalla ha sido el poder conseguir la remodelación de la cofradía que preside, que por fin se está haciendo y cuya inauguración está prevista para el mes de junio de 2011.

Cuando se inaugure la nueva cofradía, Benito pretende rendir homenaje a todos los pescadores fallecidos en la mar. Precisamente el peor recuerdo que el "gran pescador" tiene de su vida en la mar es la muerte de un amigo de Zierbena, algo más joven que él, lla-



mado Juan Ramón, que estaba pescando en el barco "Alegria de Ciervana", cuyo patrón era el famoso "Toñitos".

Juan Ramón se encontraba pescando chicharrillo a mediados de los años noventa en la punta del Superpuerto, bajo el monte Lucero. El barco estaba largando el cerco y él se encontraba en el bote, pero volcó, y a pesar de que sus compañeros le llegaron a oír, desapareció bajo el mar en medio de la noche.

El "Alegria de Ciervana" estaba pescando a la luz. Esto consiste en que el barco enciende las luces para que el pescado se vaya acercando y cuando ya está junto a él, se echa un bote auxiliar con un pequeño generador y unos focos. Entonces el barco apaga las luces y el bote se queda con la luz, evitando que el pescado se vaya, mientras el barco va largando las redes de cerco. Juan Ramón estaba en ese bote con las luces encendidas, pero alguna ola lo volcó, como si de un cascarón de nuez se tratara, y desapareció entre el oleaje sin que nadie pudiera rescatarlo.

Como contraposición a este doloroso recuerdo, Benito guarda en su memoria los mejores momentos de su vida que se remontan a su niñez y a la ilusión que le hacía ir a pescar con su padre, así como la privi-



legiada infancia que vivió, en semi libertad, siempre en íntimo contacto con la naturaleza y con el mar.

También tiene un especial recuerdo de los 27 años que estuvo saliendo desde el puerto de Santurtzi para celebrar la procesión de la Virgen del Carmen cada 16 de junio.

La procesión comienza a las seis de la tarde con la celebración de una misa en la parroquia de San Jorge. Posteriormente se lleva en procesión a la Virgen del Carmen, con sus mejores galas, desde la iglesia hasta el puerto, donde se la embarca para posteriormente llevarla hasta la boca del Abra, seguida por multitud de barcos de pesca y de recreo. Una vez allí se reza una oración y se arroja al mar una corona,



en recuerdo de los marineros fallecidos en la mar. Después se regresa a puerto y se la lleva a la iglesia, donde permanece hasta el año siguiente.

Tras la procesión marina, Benito y Soraya solían llevar a cabo una sardinada en la bodega de la cofradía de pescadores a la que invitaban a toda la gente que pasaba por allí en un acto de hermandad marinera.



### El Gobierno vasco lleva a cabo una reordenación de la actividad pesquera

A principios de la década de los noventa, el Gobierno vasco, en virtud de sus competencias exclusivas en materia de pesca en aguas litorales, llevó a cabo una reordenación de la actividad pesquera y de la flota, y Benito tuvo que optar por dedicarse a la pesca de cerco, o a la pesca de artes menores.

Escogió la pesca de cerco, porque en aquellos años aún había bastante anchoa y chicharrillo en el Abra.

Además, todavía no existían las restricciones de pesca que hay actualmente, ya que el Abra, ahora que ha finalizado prácticamente la obra del superpuerto, está lleno de muelles, diques, dársenas y contra-muelles, en los que



no se puede pescar. Otro factor muy importante que tuvo en cuenta el "gran pescador" a la hora de optar por la pesca de cerco es que la anchoa se comercializaba muy bien, se vendía a buen precio. Porque lo importante para un pescador no sólo es pescar mucho, sino poder vender lo que pesca, y mejor aún, venderlo a buen precio. A Benito de nada le servía coger doscientos kilos de nécoras si nadie se las quería comprar. Era mejor coger diez kilos de merluza, si le pagan bien por ella.

La anchoa del Abra siempre se ha comercializado muy bien. En los años 1988-1992 Benito vendía las anchoas entre 600 y 1.000 pesetas el kilo, tal y como consta en los libros de la cofradía de pescadores de Santurtzi. En el año 1993, en concreto vendía el kilo de anchoa a las sardineras, por la mañana, a 1.250 pesetas.

Por todos estos motivos se inclinó por el cerco, a pesar de que optar por él era una apuesta arriesgada, ya que las normativas eran cada vez más severas; había que tener a todos los tripulantes en perfectas condiciones de enrole y de afiliación a la Seguridad Social y, además, el cerco precisaba más hombres que las artes menores, entre siete y ocho hombres por barco, frente a los cuatro hombres que sólo se



necesitaba para pescar con las artes menores.

Una vez más el "gran pescador" tuvo que arriesgarse para sobrevivir; abandonó para siempre -por imperativo legal- la pesca de la nécora y el quisquillón, de la lubina y el congrio, y empezó a pescar con el cerco anchoas, chicharros, sardinas.....

Pero tuvo suerte en su elección porque en los siete primeros años, desde 1992 hasta 1999 aproximadamente, pescó gran cantidad de anchoa en el Abra y la pudo comercializar bien. También pescaba numerosos chicharrillos, pues entraban grandes bancos al superpuerto, quizá por el cobijo que suponía el espigón de punta Lucero, o por las luces de los pueblos asentados en sus orillas (Getxo, Santurtzi....), o de los muelles de atraque; el caso es que se pescaba bien y se valoraba mucho la pesca.

Entonces no había la competencia que hay actualmente en Merca Bilbao. En esos años el pescado que había en Merca Bilbao de la costa vasca, era sólo el que enviaba Benito.

Hoy en cambio llega a Merca Bilbao pescado de todo el mundo. El puerto mayor que tenemos en Euskadi es Foronda, a este aeropuerto llegan toneladas y toneladas de pescado.

La vida de Benito como pescador profesional, que comenzó en 1980, ha ido pareja a la construcción de Superpuerto. Incluso en la costera de la nécora y quisquillón que realizaba a mediados de los ochenta, tuvo gran incidencia el espigón de Punta Lucero y



el de la Galea, pues aunque superficialmente no se ve, existe un espigón submarino que va desde el pequeño espigón que hicieron en Punta Galea, hasta el bloque central, de entrada al Superpuerto. Por eso los buques mercantes tienen que pasar por la entrada central.

#### La venta de pescado a las últimas sardineras de Santurtzi

La pesca de cerco en el Abra ha ido cambiando en los últimos años. A principios de los años noventa Benito salía al alba, hacia las seis de la mañana, para ir a pescar las anchoas y las sardinas que cuando llegaba a puerto vendía a las sardineras en la lonja de la cofradía. Solía hacer una o dos largadas y, generalmente, para antes de las nueve de la mañana ya había entrado en el puerto de Santurtzi.

A pesar de que no hacía grandes capturas, pues no solía coger más de 200 kilos, sí las vendía a buen precio, salvo cuando excepcionalmente cogía mil kilos; entonces tenía problemas para venderlas, pero eran días contados con los dedos. Por eso tampoco le interesaba pescar demasiado, sino que procuraba pescar la cantidad de pescado que se necesitaba, que entonces era de 20-25 cajas, es decir



unos 400 o 500 kilos de pescado.

Con ellos abastecía a las veinte sardineras que había en Santurtzi entre 1985 y 1990, ya que cada una de ellas solía adquirir normalmente una caja de 20 kilos, aunque había algunas, como las famosas "Charo" y "Carmen", que se distinguían del resto por que compraban más cantidad y vendían mucho más. Llegaban a comprar hasta 4 o 5 cajas, es decir 80 y 100 kilos.

Algunas de estas sardineras vendían en diferentes lugares de Santurtzi, donde iban con sus típicos carritos.

Con el paso de los años las sardineras fueron desapareciendo. Hacia el año 2000 todavía quedaban cinco o seis sardineras. La última sardinera de Santurtzi, que cesó su actividad en 2004, fue "la Motri", que aún sigue viva. Vendía sus sardinas en la Calle Juan XXIII, en el cruce con Maestro calles. Actualmente también sobrevive otra sardinera, Begoña, la mujer de Angelín, el patrón de un barco de Santurtzi llamado "El Padre Celestial", que dejó de ir a la mar cuando se jubiló. Entonces Begoña se dedicó durante algunos años a vender anchoas y sardinas en Santurtzi.

Después de faenar de madrugada, desde las seis hasta las nueve de la mañana, para pescar con el cerco las anchoas y sardinas que vendía a las sardineras, el "gran pescador" y su tripulación de siete arrantzales, iban a descansar y salían nuevamente a faenar



Rosario Santín Rodríguez, "la bella Charo", era una de las mejores clientas de Benito.

en el Abra a las tres o las cuatro de la tarde, y no regresaban al puerto hasta que se hacía de noche (la nohecilla). También por la tarde/noche hacía la venta del pescado en la cofradía de pescadores.

Pero a partir de 1995, como ya iban desapareciendo las sardineras, y debido a que pescaba más pescado del que podía comercializar, Benito decidió venderlo directamente a Merca Bilbao, sobre todo después de descubrir que compradores que le adquirían el pescado a él, y a los demás pescadores de la cofradía de Santurtzi, posteriormente lo revendían en Merca Bilbao.

De este modo, a partir de 2004, tras el final de las sardineras, Benito dejó de salir a pescar por las mañanas para hacerlo a partir de las cinco o las seis de la tarde, porque generalmente en el Abra, la anchoa la pescaba por el día, hasta "la nohecilla".

Durante la noche era difícil pescar anchoa en el Abra, aunque alguna vez se pescaba, por ejemplo en noches que había luna, pero era raro. Generalmente por la noche la anchoa "se calaba", es decir,





86

bajaba al fondo y no se podía pescar.

Después, imitando a los barcos más grandes de cerco, el "gran pescador" empezó a faenar por la noche cerca de la costa. (Su barco de cerco siempre ha sido un barco pequeño en comparación con los barcos que se han dedicado a esta modalidad de pesca). Así Benito comenzó a pescar por las cercanías de Cabo Villano, hasta Matxitxako. Todavía hoy en día es raro que pase de Matxitxako para el este, o del monte de Santoña para oeste.

Desde entonces siempre ha faenado entre el monte de Santoña y Matxitxako, y la mayoría de las veces cerca de Villano, por la zona de Lemóniz o de la Galea.



En sus salidas nocturnas Benito comenzó a pescar bancos de sargos, chicharro blanco,



87

colas negras.... Generalmente llegaba a las tres o tres y media de la mañana y acostumbraba a echar un sueñecito con toda su tripulación hasta las cuatro, hora en que, una vez descargado el pescado, se llevaba con un camión a Merca Bilbao.

Hasta 1994-1995, cuando ya sólo había dos o tres sardineras y un par de pescaderías en Santurtzi que bajaban a comprar pescado a la cofradía, la jornada de trabajo de Benito no finalizaba a las cuatro de la mañana, ya que daba una cabezadita desde las cuatro hasta las seis, y salía otra vez al alba para hacer otra "largada", es decir, echar nuevamente el cerco en el Abra y coger unas cuantas sardinas o anchoas más para vendérselas a estas sardineras. Este pequeño y "último turno de madrugada" finalizó





para Benito en 2004 con la jubilación de "La Motri", la última sardinera de Santurtzi. Con ella también terminó la venta de pescado que las sardineras llevaban a cabo en las calles de esta localidad marinera, y con ellas se puso fin a una actividad histórica que ha dado fama a Santurtzi.



A Benito le causó una gran tristeza que desaparecieran las sardineras, máxime siendo hijo y nieto de sardineras, porque en los últimos años "el gran pescador" era el que más relación había tenido con ellas.

Como señala Benito, "es complicado nombrar a todas, pero la



*difunta Nerea era la sardinera por excelencia, por edad y por actividad, después estaban "la bella Charo", "Carmen", "Primi", "Biri", "Fili", "Mari", "la Motri", Begoña.... A todas las tengo un cariño entrañable y las que todavía viven creo que seguramente sentirán por mí lo mismo".*

En la actualidad sobreviven muy poquitas, sardineras, entre ellas a "la Motri" la suele ver de vez en cuando, así como a Begoña, a Mila y a Mari, que tiene ya 85 años y a menudo suele estar sentada en algún banco del parque de Gernika de Santurtzi. Cuando Benito ve a las sardineras siempre se detiene a conversar un poco con ellas y las da dos besos, porque como bien sabe son historia viva de la pesca, de la mar y de Santurtzi.

A partir de 2004, tras la jubilación de la última sardinera, Benito dejó de faenar de madrugada y empezó a faenar por la tarde y por la noche, que es como sigue pescando en la actualidad.

La década de los noventa fueron para Benito sus años dorados para la pesca de la Anchoa en el Abra, a pesar de que entonces fue cuando empezó el declive de la pesca de la anchoa para los barcos gran-



des que iban a pescarlas a Francia, Arcachon o al Golfo de Bizkaia, para venderlas después para Salazón. Pero él las pescaba bien en el Abra hasta que sucedió el accidente el Prestige.

En la actualidad, los tres grandes barcos de cerco que llevaban a cabo esta pesca en Santurtzi han desaparecido. Sólo queda el pequeño barco del "gran pescador" y otro más, así como otros ocho barcos se dedican a la pesca de artes menores.

En Zierbena hay otros dos barcos de cerco, de manera que en todo el Abra ya sólo quedan cuatro pesqueros que se dedican a esta modalidad de pesca, si bien a raíz de la ampliación del Superpuerto se considera ilegal todo tipo de pesca en el Abra.

Sin embargo las autoridades portuarias han acotado unas zonas en las que, a través de un acuerdo verbal, permiten pescar a los últimos pescadores profesionales del Abra, y ahí están, como puntualiza el "gran pescador", dando "las últimas bocanadas".



### Paulatina desaparición de la pesca en el Abra

La desaparición de la pesca en el Abra ha ido en función del desarrollo del Superpuerto. Por un lado,



ya cuando comenzó su construcción, hubo muchos pescadores que abandonaron esta actividad porque ya eran años en los que la pesca no era abundante. Además, el mismo Superpuerto contrató a numerosos pescadores para trabajar en los gángiles, las embarcaciones propias de la construcción del puerto. Entonces hubo muchos marineros que dejaron la pesca y entraron a trabajar en el Superpuerto. Un trabajo más seguro y con mejor horario.

El florecimiento del Superpuerto ha ido paralelo al retroceso de los pescadores, de los que sólo han logrado sobrevivir "cuatro va-lientes" que se han aferrado a un modo de vida que han "mamado" desde que nacieron. La dedicación y el amor por la pesca que el "gran pescador" profesa nunca ha sido por criterios económicos, si hubiera sido así no hubiese construido su barco nuevo. Benito siempre ha tenido el orgullo de desempeñar esta actividad, de conservarla y ello le ha dado fuerzas para, con mucho esfuerzo, lograr que se esté haciendo la nueva cofradía de pescadores, cuya lonja se cerró a principios del año 2000 por parte del Gobierno vasco, al detectarse numerosas carencias. Una cofradía que ha sido durante tantos años "el Santo y Seña" el pueblo marinero de Santurtzi.

Una cofradía que desde 1990 preside el "gran pescador", quien remarca que fue por obligación, ya que nadie quería hacerse cargo de ella, porque suponía un verdadero quebradero de cabeza y no traía más que trabajo y dedicación, y el tiempo no es lo que a Benito le ha sobrado precisamente



en su vida de pescador. Pero siempre ha tenido esa ilusión y ese orgullo y no estaba dispuesto a dejar morir algo que llevaba en lo más profundo de su ser. Y la cofradía representaba, y representa para el



"gran pescador", una especie de estandarte, un elemento cargado de simbología, que representa a todos los marineros que han pasado a lo largo de la historia por allí. Benito no podía dejarla "morir", no soportaba verla a principios de los años noventa semi abandonada, como si de una ruina se tratara. Por eso aceptó el cargo de presidente y fue, también, para intentar sacarla a flote. Cuando este libro "vea la luz", la nueva cofradía será una realidad. En la actualidad son pocos sus miembros, pero tienen una flota completamente nueva. Como comenta Benito *"Hemos diversificado nuestras actividades, ¡Qué remedio nos quedaba!, nuestra*



*actividad principal ya no es el Abra, salvo los meses de verano en los que hay anchoa".*

Si a Benito se le pregunta por el pez más raro que jamás ha pescado responde, sin pensárselo mucho que a mediados de los años noventa en la playa de La Arena, por la zona próxima al cargadero de Cobarón pescó una rarísima especie pelágica intermedia entre la aguja y la anchoa, de color marrón, más pequeña que la aguja. Nunca había pescado ese pez, pero ese día cogió veinte cajas que envió a Bilbao y allí lo llamaron "bolos". Y lo más curioso de ese pez es que aguantaba vivo



durante días. Benito lo sabe bien porque algunos quedaron enganchados en las redes y al cabo de unos días aún estaban vivos, ¡no se morían! Ello le llamó mucho la atención. Era un pescado tan raro que Benito no sabía como se llamaba y eso que durante toda su vida de pescador ha estado faenando en la playa de La Arena, pero nunca lo había visto, ni él ni su padre.

Otras anécdotas curiosas de su pesca es que en cierta ocasión pescando verdes le picó un besugo, en Castro verde, y también algunas veces ha pescado abadejos grandes de 6 o 7 kilos, con el aparejo de verdes. "En



Castro verde, se suelen ver bastantes calderones, alguna orca, y sobre todo muchos delfines", señala Benito.

**Benito decide construir un nuevo barco**



A pesar de la reestructuración de la actividad pesquera, el hecho de que Benito pescara bien con el cerco y pudiese vivir de la pesca, porque se comercializaba satisfactoriamente el pescado, le animó en el año 2000 a construir un nuevo barco, ya que el "Gure Ama Gelaxi" que compró en Hondarribia, a pesar de que le había hecho una reforma profunda en 1990, ya se estaba quedando viejo.

Por otra parte, las ayudas de la Comunidad Europea para la construcción de nuevos barcos pesqueros y el rejuvenecimiento de la flota tocaban a su fin. Por todo ello decidió hacer un barco nuevo y acogerse a las ayudas antes de que se suprimiesen definitivamente. O tiraba para adelante, o muy pronto tendría que cesar su actividad porque su barco iba a dejar de ser competitivo. El "gran pescador" no lo dudó y tiró hacia adelante,

aunque como reconoce, tenía que haber visto que cada vez había más restricciones en las zonas de pesca; pero él, por encima de todo quería seguir siendo



pescador en el Abra.

A Benito le dio mucha pena tener que dejar el "Gure Ama Gelaxi" porque con él vivió momentos inolvidables que le hicieron muy feliz, aunque tuvo que luchar mucho, pero ello le permitió llevar una vida digna.



Sin embargo, también tuvo algún disgusto con él, que nunca olvidara, especialmente uno de ellos.

Sucedió el 30 de noviembre de 1993, a las doce de la noche, cuando chocó contra un mercante en medio de la ría, a la altura del faro de Algorta, por la cara interior. Todas las personas a las que se lo cuenta se quedan asombradas y le dicen que sería el mercante el que le embistió, pero no, fue el barco de Benito el que embistió al mercante, y además por el medio.

Benito recuerda muy bien la fecha porque la flota de cerco, en aquellos años llevaba a cabo una parada biológica estacional en invierno, desde el 30 de noviem-



bre al 1 de marzo. Era el último día de pesca. Por ello venía toda su tripulación muy contenta al ser su último día de trabajo. Su barco se dirigía al puerto de Santurtzi y los marineros estaban preparando las cosas para poder sacarlas cuando llegaran a puerto. Tenían unas ocho o diez cajas de anchoa, que estaban mezcladas con parrocha (sardina pequeña).



Entonces Benito tenía las luces de proa dadas y aunque vio al barco mercante, se dio la casualidad que entonces estaban haciendo los rellenos de la ampliación del Superpuerto y él, como tenía amistad con los patrones de las gabarras, acababa de estar hablando hacía unos minutos con Nicolás, el patrón de una de ellas, quien le comentó que iban a subir ría arriba. Entonces Benito cuando vio al barco mercante, creyó que era la gabarra. Y como estas gabarras son muy lentas, consideró que le daba tiempo a pasar, hasta que, en el momento en el que el barco de Benito se encontraba a pocos metros del mercante, un marinero le avisó.

Inmediatamente paró los motores e intentó detener el barco, pero con la velocidad que llevaba no lo consiguió y chocó contra el mercante en su parte central, a la altura de donde hoy está el puerto de los ferrys de Getxo.

El barco mercante era alemán y se dirigía hacia el canal de Deusto; tenía unos cien metros de eslora y el puente alto pero era muy bajo. Su capitán ni siquiera se enteró que había chocado la proa del barco de Benito contra él.

Pero este accidente supuso un susto terrible y fue uno de los momentos más amargos de toda la vida profesional de Benito.



Afortunadamente no paso nada grave, a pesar de que con el fuerte impacto se podía haber ido a pique, pues se abrió un gran boquete en el "Gure Ama Gelaxi" que, por suerte, estaba por encima de la línea de flotación. Eso le salvó de un naufragio seguro.

Aunque tras el impacto les empezó a entrar agua, enseguida pusieron las bombas a achicar y pudieron llegar, él y toda su tripulación, hasta el puerto de Santurtzi y nada más atracar llevaron el barco al astillero.

Siete años después de este accidente, Benito construyó un nuevo barco en un astillero de Avilés, llamado Ipsa. Contactó con un ingeniero naval de Hondarribia, Iñaki Lekuona, que fue quien le hizo el proyecto, que le costó casi dos millones de pesetas.

Cabe señalar que uno no puede decir "voy a hacer un barco nuevo", porque no le dejan, ya que para construir un barco nuevo hay que desguzar el que uno tiene, o si no se tiene, el equivalente en tonelaje de barcos viejos, al barco que uno pretende construir. Es decir habría que



comprar barcos viejos y decir que se mandan al desguace y, con su tonelaje, se va a hacer un barco nuevo. Sólo así te permiten construir un barco nuevo.



Benito utilizó el tonelaje del "Gure Ama Gelaxi", que pesaba 27 toneladas, para hacer su nuevo barco. El viejo lo donó al Museo Marítimo de Bilbao, que en el año 2000 estaba empezando a constituirse. Por aquel entonces, Juan Antonio Rubio Almaraz era el que gestionaba el Museo y estaban comprando embarcaciones. Pero a pesar de que "el gran pescador" lo donó, hoy su antiguo barco no está en el Museo porque Juan Antonio pretendía reutilizar el "Gure Ama Gelaxi" aunque no pudo hacerlo, porque cuando un barco se desguaza ya no puede volver a navegar. Así que el barco quedó por ahí perdido y finalmente se debió enviar al desguace. Una pena debido a una codiciosa gestión.

Benito construyó un nuevo barco de fibra mejor preparado, que le llamó "Laura y Cristina", el nombre de sus dos hijas.

El coste real del barco estaba entre 80 y 90 millones de pesetas. Pero en el año 2000 la Unión Europea concedía una subvención que suponía el 40% del valor del barco. La UE tenía una tabla y un baremo con el que fijaba el valor de los barcos, y el barco de Benito lo tasó en 47 millones. Por ello le concedieron una subvención del 40% de los 47 millones de pesetas tasados.

El precio del barco en el astillero fue de 60 millones de pesetas. Teniendo en cuenta que Benito aportó 27 toneladas de desguace, que estaban homologadas a un millón de pesetas la tonelada, pudo costearlo sin grandes problemas.

Benito podía haber aguantado con el barco viejo unos años más, o haberlo vendido para chatarra y haber cobrado los 27 millones por

desguazarlo y así hubiera vivido de ese dinero, más los ingresos de alguna otra actividad a la que se hubiera dedicado hasta la jubilación.

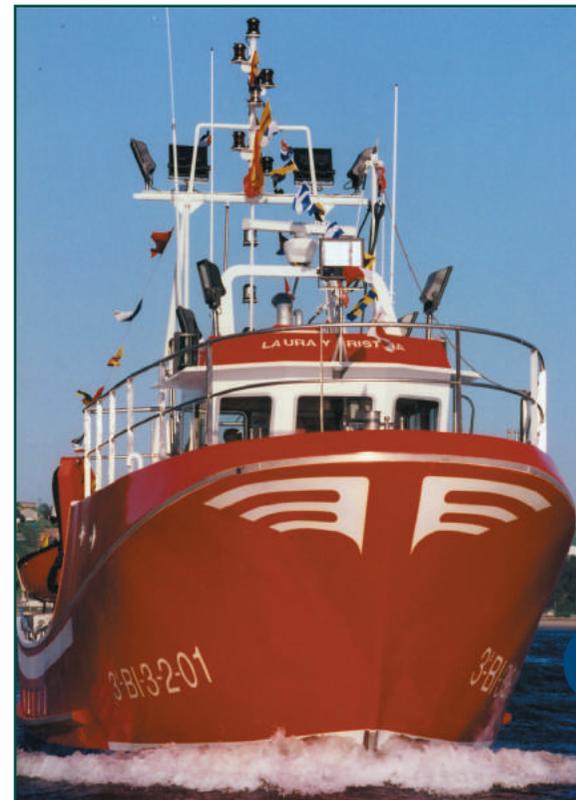
Pero él quería, al igual que cuando dejó primer curso de Náutica para dedicarse a pescar, seguir faenando, seguir saliendo a la mar porque la pesca es algo que lleva muy dentro y sabe que no podría vivir de otra manera, aunque fuera una vida mucho más cómoda para él. Aunque estuviese en el mejor salón del más lujoso chalet, su mente estaría cada minuto en el mar, anhelando navegar con su barco en busca de peces y no podría ser feliz.

Sin embargo, con la construcción del barco no fue todo "viento en popa", ni mucho menos, pues hasta mediados de junio de 2001 no se lo entregaron, después de varios meses de retraso.

Para Benito fueron meses muy difíciles e interminables, cada día estaba más nervioso y angustiado porque estuvo sin trabajar, y sin ingresos casi un año entero.

Desde entonces empezó a fumar, a pesar de que llevaba diez años sin hacerlo.

Si Benito hubiera sabido que le iban a tardar tanto tiempo en construir el barco no habría llevado tan pronto su viejo barco al desguace y hubiera



seguido por un tiempo pescando con él, pero creyó al astillero cuando le dijo que para el mes de enero de 2001 se lo entregaría. (¡su gran ilusión le hizo olvidarse por un momento del país en el que vivimos!).



Benito consideró que aunque se retrasaran dos meses y se lo entregasen para primeros de marzo, no le importaría, pero el problema es que no se lo dieron hasta junio, de manera que no pudo salir a pescar desde marzo hasta junio, unos meses fundamentales para su actividad pesquera.

Benito recuerda perfectamente el día que le entregaron su barco. Fue el 18 de mayo de 2001, el día de San Félix de Cantalicio, fiesta de Ortuella y cumpleaños de su suegra. Ese mismo día lo trajo desde Asturias hasta el puerto de Santurtzi, pero aún después de traerlo, tuvo que estar otros dos meses haciendo papeles hasta que obtuvo todos los permisos para poder ir de nuevo a la mar a pescar. Y esto no sucedió hasta finales de junio.

El primer día que Benito salió a la mar con su nuevo barco, al que puso el nombre de sus hijas "Laura y Cristina", estaba "loco" y ansioso por empezar a pescar, ¡enci-



ma con su barco nuevo! Ese día no se le olvidará nunca, porque cogió nada menos que veinte cajas de anchoas, lo que supone unos 200 o 250 kilos, y unas 30 o 40 cajas de sardinas. Realmente Benito tuvo un buen estreno con su barco en su primer día de pesca. Sin embargo el "gran pescador" no sabía la sorpresa que el destino le tenía preparada.

#### Benito comienza su andadura con el "Laura y Cristina"



Durante el primer año en el que Benito estuvo pescando con su nuevo barco, el "Laura y Cristina", no se le dio mal la pesca. Los seis meses que estuvo faenando con él, desde finales de junio hasta diciembre



de 2001, logró tener una pesca bastante aceptable. En el Abra capturaba anchoa, chicharrillo, sardina y parrocha-sardina pequeña. Luego por las noches salía del Abra e iba hasta las cercanías de Cabo Villano y allí pescaba sargos con el cerco, así como chicharros blancos grandes y también de vez en cuando, entraba en el cerco alguna lubina o alguna dorada.



102



Al año siguiente 2002, continuó pescando de esta forma, incluso en invierno, ya que gracias a los espigones del Superpuerto que protegen de los grandes temporales,



103

pudo trabajar con su nuevo barco casi todo el año en el Abra y durante todo ese año estuvo pescando estas especies.

Pero el 13 de noviembre de ese mismo año 2002, tuvo lugar en la costa gallega el accidente del petrolero Prestige, algo que iba a afectar directamente a quienes, como nuestro "gran pescador", vivían, en gran parte de la pesca de la anchoa.



El derrame de crudo del Prestige supuso un punto de inflexión para la pesca de la anchoa en el Cantábrico, pues desde entonces ésta disminuyó alarmantemente hasta el punto de tenerse que efectuar, por mandato de las autoridades pesque-



ras, varias paradas biológicas decretadas por la Unión Europea.

Si bien los biólogos no consideran que la drástica disminución de las poblaciones de anchoa se haya debido al derrame de petróleo, la experiencia de los pescadores, como Benito ha demostrado que fue a raíz de este accidente cuando se produjo el declive de la anchoa, un pez que se alimenta de plancton y cuyos huevos forman parte de él, pues no se desarrollan en el fondo, sino en la superficie, y las larvas recién nacidas se nutren del fitoplancton. La inmensa mancha de crudo, popularmente llamado "*chapapote*", que afectó a millares de kilómetros cuadrados de toda la costa cantábrica, sin lugar a dudas incidió muy negativamente en el desarrollo de esta especie.

Como consecuencia de este accidente, y de la llegada de crudo desde la costa de Galicia a la costa vasca, por el efecto de las corrientes del Golfo de Bizkaia, desde diciembre de 2002 hasta diciembre de 2003 Benito estuvo saliendo a "*pesca*" chapapote, junto con otros barcos pesqueros vascos para evitar que llegase el crudo hasta los acantilados litorales y a las playas de la costa vasca. Y a eso se dedicó todo el año 2003. ¡Ese fue su particular modo de estrenar el nuevo barco. Recordemos cómo sucedió este accidente que supuso un antes y un después en la vida de



los pescadores de todo el Cantábrico.

### Accidente del Prestige

El 13 de noviembre de 2002, un petrolero con bandera de Bahamas cargado con 77.000 toneladas de fuel, que se encontraba a 51 kilómetros de Cabo Finisterre, sufría una rotura de su casco durante un temporal, quedando a la deriva y vertiendo, en un primer momento, unas 5.000 toneladas de crudo que formaron una estela de 37 kilómetros de longitud y 200 metros de anchura. El petrolero, con 26 años de antigüedad, eludía todas las revisiones. El capitán lanzó un SOS y ordenó evacuar a la tripulación a primera hora de la tarde del día 13 de noviembre, cuando el barco estaba atrapado en mitad de un gran temporal, escorado más de 25 grados y con una vía de agua en el casco.



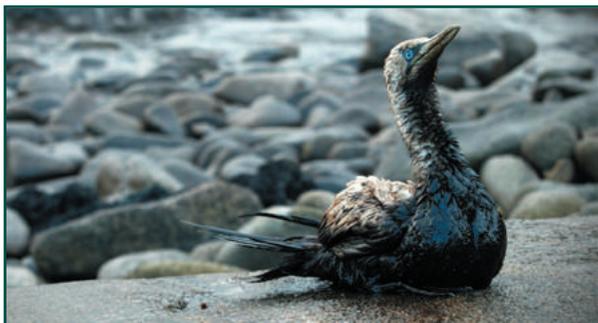
Al día siguiente, 14 de noviembre, los remolcadores enviados por Salvamento Marítimo, en medio de un fortísimo oleaje y con la escasa colaboración de los tres tripulantes que quedaban a bordo (el capitán, el primer oficial y el jefe de máquinas), lograron durante la mañana, enganchar al petrolero y controlar su deriva hacia las 12,40, momento en que lo empezaron a arrastrar mar adentro. Su deriva lo había acercado hasta situarlo a sólo 4 millas de la costa gallega de Mouxía.

Un día después, el 15 de noviembre de 2002, tras ser remolcado durante toda la noche, el Prestige, que ya estaba a 65 millas, amenazaba con partirse en dos y mostraba una gran grieta de 35 metros. El capitán fue rescatado y detenido por desobedecer a las autoridades españolas.

Al día siguiente, 16 de noviembre, gran parte de las 5.000 toneladas de fuel oil que flotaban en la superficie, llegaban al litoral gallego comprendido entre Finisterre y las islas Sigargas, afectando de lleno



a los bancos de marisco. Entre tanto, el entonces ministro de Agricultura y Pesca, Miguel Arias Cañete, antes de prohibirse el marisqueo, se mostraba convencido de que el accidente “no iba a convertirse en una catástrofe ecológica”, o al menos ese mensaje pretendía enviar a la opinión pública. Ese mismo día la Xunta de Galicia prohibió el marisqueo y la pesca con artes menores.



Pero la tragedia no hacía más que comenzar, el riesgo de que el petrolero se partiese en dos y se fuera a pique, a más de 4.000 metros de profundidad, se acentuaba con el paso de las horas. Azotado por vientos de hasta 80 kilómetros por hora, la esperanza de que, como apuntaba el delegado del gobierno, el combustible de los tanques se solidificara debido a las bajas temperaturas existentes a gran profundidad, se desvanecían. Los pescadores, temiéndose un vertido mucho mayor, se movilizaron contra la marea negra desplegando barreras flotantes a la entrada de las rías y retirando el petróleo que había llegado a la costa.

El 17 de noviembre la marea negra amenazaba con desbordar los límites de “La Costa de la Muerte” y extenderse a las Rías Bajas. Ante ello, la Xunta de Galicia y el Gobierno Central no tuvieron más remedio que reconocer lo que el día anterior habían pronosticado las cofradías de pescadores y los ecologistas: que Galicia afrontaba un desastre ambiental, con pérdidas de siete millones de euros diarios, lo que comprometía el futuro de cinco mil familias.

Un día después, el 18 de noviembre, mientras los mariscadores, ecologistas y empleados de la Xunta, limpiaban un tramo de litoral de 200 kilómetros, afectado por la marea negra, que

conecta la Coruña con Finisterre, una gran mancha de fuel de más de 60 kilómetros cuadrados se desplazaba hacia las rías de Noia y Arosa, empujada por los vientos del noroeste, amenazando las rías bajas, mientras los pescadores apuraban al máximo la extracción de mariscos y se organizaban para combatir el fuel.



Entre tanto, el Prestige, que se encontraba entre aguas lusas y españolas, estaba siendo arrastrado por un remolcador chino llamado “Deda”, una vez que los remolcadores españoles le entregaron el control del mismo.

Su propietario había ordenado al remolcador chino que lo llevara hacia aguas portuguesas mientras él pedía permiso para atracar en un puerto luso con el fin de transvasar el crudo a otro buque que viajaba hacia la zona. Sin embargo, ese mismo día, Portugal prohibía al armador la entrada del Prestige en los puertos portugueses. El Prestige mantenía rumbo sur.

### Hundimiento del barco

Pero el 19 de noviembre de 2002, a las 8 de la mañana, el Prestige se partía en dos a 260 kilómetros de las costas gallegas y se hundía a 3.700 metros de profundidad, dejando una estela negra de crudo en la superficie. Las autoridades hacían un llamamiento a la calma tras conocer que algunos “expertos” aseguraban que el fuel hundido con el barco se solidificaría debido a los 2,4 grados de temperatura del agua.

El 20 y 21 de noviembre los marineros de la Costa de la Muerte se organizaron en brigadas para limpiar el litoral ante la falta de iniciativas oficiales. Sin embargo, el fuerte temporal dificultó las tareas de



limpieza por parte de los pescadores, que salían con sus propios barcos y sin medios, a recoger el petróleo en el mar.

El jueves 21 de noviembre, el fuel llegó la ría de Corcubión, obligando a interrumpir el marisqueo. A finales del día, llegaron las primeras manchas a las playas de El Ferrol y a la bocana de la ría de La Coruña, y el sábado 23 de noviembre aparecieron las primeras manchas en la superficie marina donde se había hundido el Prestige, cuatro días antes.



El pronóstico de los expertos no se cumplía, pues el fuel no se había solidificado.

El 26 de noviembre el fuel llegó a la costa asturiana. Restos dispersos de hidrocarburos aparecieron a una distancia de entre 11 y 33 millas de la costa, mientras en Galicia se esperaba la llegada de una segunda marea negra, esta vez de 10.000 toneladas.

Tres días después, el 29 de noviembre, la gran mancha de fuel, de 9.000 toneladas se encontraba a sólo 12 millas de Finisterre, y avanzaba hacia tierra firme empujada por los vientos del noroeste.

El 1 de diciembre de 2002, en medio de una gran tormenta, entre 150.000 y 200.000 gallegos protestaron por la gestión de la crisis del Prestige en la mayor manifestación celebrada en Galicia. Al día siguiente, 3 de diciembre, en Aguiño, localidad de la ría de Arosa, 150 embarcaciones se hicieron a la mar con enseres improvisados para combatir la contaminación. Los tripulantes de

las lanchas y botes pequeños cogían el fuel con redeños que, a menudo, se partían con el peso de las "plastas" de crudo. El combustible recolectado se descargaba en barcos mejilloneros que acudían a depositarlo en el muelle.



El 4 de diciembre llegaron las primeras manchas de petróleo hasta las islas Cíes y la práctica totalidad del Parque Nacional de las islas Atlánticas (islas de Sálvora, Ons, Cortegada y Cíes), que están situadas a la entrada de las rías bajas. Ese día más de mil barcos y unos 6.000 marineros, salieron a la mar en las rías bajas, a recoger fuel con sus propios medios.

Al día siguiente, 5 de diciembre, llegaron las primeras manchas de fuel a las playas de Asturias y Cantabria, pero sólo un día después empezaron a llegar en masa. El 6 de diciembre en Asturias, a escasas millas de la vertical con Gijón, se recogieron cuatro toneladas de fuel y a unas pocas millas de Avilés otros 1.500 kilos. Ese día, pequeñas manchas llegaron a la playa del Sardinero. El petróleo se iba extendiendo por todo el Cantábrico, hasta que el 7 de diciembre de 2002 llegó a la costa vasca, manchando cinco playas vizcaínas, La Arena, Sopelena, La Salvaje, Aizkorri y Bakio.

El Gobierno vasco creó una comisión para estudiar los posibles efectos del desastre.

Mientras que la Unión Europea adelantaba a 2004 la obligación de llevar doble casco a los petroleros, el 10 de diciembre Bizkaia protegía sus rías y 30 pesqueros, empezaban a recoger el fuel en el mar para evitar que llegase a la costa, o si llegaba, que fuera la menor cantidad posible. Entre estos barcos, se encontraba el "Laura y Cristina" de Benito.



Cuatro días después, el 14 de diciembre, el Gobierno vasco extendía a Gipuzkoa su plan para proteger la costa con barreras flotantes, que fueron instaladas el 16 de diciembre. Esos días una flotilla de once embarcaciones, entre ellas el "Laura y Cristina", recogió una media de ocho toneladas diarias.

El 23 de diciembre de 2002, el Gobierno vasco llegó a un acuerdo con Petronor y puso en marcha una planta para tratar el fuel del Prestige en las instalaciones del Superpuerto, en el Abra de Bilbao, que después sería trasladado a la Refinería de Petronor.

El año 2002 había sido un año de pesca "bastante aceptable" para Benito, a pesar de que ya había empezado la decadencia del Abra, y el valor del pescado había comenzado a descender. De hecho, en Merca Bilbao ya estaba empezando a llegar y a comercializarse anchoa del Levante español, y los precios que se pagaban por las anchoas, incluso cántabras, ya no eran tan elevados como en años anteriores. Tampoco las pescas que realizaba Benito y los demás pescadores eran tan abundantes como en años atrás. La crisis pesquera se empezaba a notar con virulencia.

Pero la puntilla a esta difícil situación que se vivía en el sector pesquero de aguas litorales fue el vertido del Prestige. Por ello Benito tuvo que dedicarse durante muchos meses a pescar "chappapote" y a combatir a las oleadas de fuel que llegaban a la costa vasca. Realmente pocos pescadores en todo el mundo podrán decir que se han dedicado a esta curiosa "pesca".

Una de las primeras actividades que Benito hizo con su nuevo barco el "Laura y Cristina", apenas año y medio después de estrenarlo, en julio de 2001, fue recoger chapapote. Benito reconoce que la labor y la gestión que hizo entonces el Gobierno vasco fue realmente ejemplar, cosa que otros que tuvieron la oportunidad de hacerlo no lo hicieron. "Hubo barcos vascos que fueron a extraer de la mar chapapote casi hasta Galicia".

También considera que fue un verdadero acierto el salir a la mar a buscarlo, en vez de esperar a que llegase a la costa, aunque

no cabe duda de que supuso un sacrificio muy grande por parte de todos. Todos los pescadores trabajaron como negreros porque, entre otras cosas, ya intuían que este vertido iba a influir muy negativamente en su actividad, y así fue.

Dadas las circunstancias, durante casi todo el año 2003, Benito y su tripulación se dedicaron a limpiar la costa de las manchas de fuel solidificadas que seguían llegando ininterrumpidamente a varias millas de la costa.

Además lo hacían con unos medios muy rudimentarios, pues las recogían con horquillas y redeños.

El fuel que recogían lo arrojaban a unos contenedores que instalaron en el barco y así estaban durante todo el día. Cuando llenaban los contenedores regresaban a puerto, concretamente al Abra de Bilbao, a la planta que se había habilitado para tratarlo, y después salían nuevamente a la mar para recoger más.

Fueron jornadas de trabajo agotadoras, en un ambiente de lucha contra un gigante, contra una catástrofe que te supera y te desborda por



completo. Pero el "gran pescador" y toda su tripulación, lejos de desanimarse ante la magnitud de la catástrofe, iba y venía con su barco cargado de fuel, intentando cada día hacer un viaje más. Y de este modo los pescadores lograron vencer y consiguieron que el petróleo apenas llegase hasta la orilla y tuviese un impacto directo en las rías, las playas y los acantilados costeros vascos.



Una vez de que pasó todo, Benito se dio cuenta de que él y sus tripulantes arriesgaron demasiado con este trabajo, más de lo que se puede pedir a cualquier ser humano, ya que pusieron en grave peligro su propia salud y su futura integridad, pues no tuvieron las medidas de protección adecuadas para realizar semejante trabajo de exposición directa a tal cantidad de petróleo, cuyas emanaciones, y su inhalación constante y diaria, son muy peligrosas para el organismo humano.

Benito sabe que hicieron una buena labor que, de alguna, forma fue reconocida socialmente, pero considera que no se midió las consecuencias de hacerlo de forma tan rudimentaria, en un principio sin mascarillas protectoras, y como quien dice coloquialmente, "a



pecho descubierto", pues hay que tener en cuenta que la inhalación continua, día tras día, de este producto puede resultar cancerígena.

Benito recuerda que él y su tripulación salían desde antes del amanecer y estaban todo el día recogiendo el chapapote con las manos y que muchos días de calor les molestaban tremendamente las mascarillas que les dieron y se las quitaban. Benito reconoce que fueron un poco ignorantes, que él y su tripulación fueron muy impulsivos, pues en ese momento dijeron, "¡vamos a por el petróleo, como sea, ¡hay que evitar por todos los medios que llegue a la costa!", y así hicieron, pero nadie les advirtió de los riesgos que ello podía comportar. Ahora, después de ver lo que les ha pasado a muchos voluntarios que acudieron a Galicia a colaborar con las labores de recogida de fuel en playas y acantilados, Benito se da cuenta de que tenían que haber tomado más medidas de seguridad, ya que hubo días que trabajaron como animales y llegaron a llenar hasta doce sacas de una tonelada cada una, es decir que recogieron, nada menos que doce toneladas, pero para ello estuvieron respirando los vapores que exhalaba el fuel hasta la saciedad.

Benito recuerda cómo, en aquellos días, cuando llegaban con el "Laura y Cristina" hasta las manchas de chapapote, iban a por ellas como locos. ¡Y cogían, y cogían, sin parar! Su mayor satisfacción era ver la mar despejada y libre de ese gran pegote negro y pegajoso que sabían que era el enemigo número uno de su "modus vivendi", la pesca. Y por ello había que combatirlo a toda costa.

Benito solía salir a varias millas, pero sobre todo procuraba tener controlada y despejada la costa vasca. De hecho, la incidencia que tuvo el chapapote en las playas vascas fue insignificante. Y uno de los pocos días que llegaron manchas a las playas fue debido a que el mal



estado del tiempo, y de la mar, impidió salir a recogerlo. Ahí se vio la eficacia de su trabajo. Pero fueron días contados.

A diferencia de lo que se vivió en el resto del Cantábrico, las playas vascas se libraron de las manchas. Había helicópteros, avionetas y barcos de apoyo de la Marina Mercante, que detectaban las manchas y daban su posición exacta a los pesqueros, como el de Benito, cuya tripulación, con su "gran pescador" al timón, iba embelesada a cum-



plir su tarea, como si fuesen a pescar bonitos, anchoas, o el pescado más codiciado.

#### Benito es elegido pregonero de la Aste Nagusia 2003

Como agradecimiento público a su inestimable labor y a la de todos los pescadores, Benito, como presidente de la Cofradía de Pescadores de Santurtzi, y en representación de los pesadores vizcaínos, fue escogido pregonero de la Aste Nagusia 2003.



Como el mismo reconoce, desempeñar este cargo "era una papeleta", pues exigía una completa dedicación durante toda la semana de fiestas de agosto y parecía que uno tenía que estar un poco preparado. Por ello, la primera reacción que tuvo cuando se lo propusieron fue decir que escogieran a otro; le pareció que le quedaba grande el honor, pero fue madurando la idea y sus hijas y su mujer le animaron, hasta que al final le convencieron. Y lo cierto es que, como ahora



reconoce, fue todo un honor representar a los marineros y ser el pregonero de las fiestas de Bilbao, concretamente de la Aste Nagusia 2003. Fue una experiencia irrepetible y maravillosa de la que guarda un excelente recuerdo.



El momento más duro y difícil fue la lectura del pregón, un pregón que prácticamente se lo había aprendido de memoria. Y como anécdota lo pronunció en euskera. Cuando Benito salió al balcón del teatro Arriaga y vio a la multitud aplaudiendo, gritando y aclamando al pregonero, se le puso un nudo en la garganta. Pero Benito siempre ha sido muy tranquilo para todo y una vez que salió y se tranquilizó, recitó el pregón en euskera sin ningún problema. Después todo lo que le siguió fue estupendo, tanto las cuadrillas, como el Ayuntamiento, el concejal de cultura o el propio alcalde, que por aquel entonces estaba convaleciente de su enfermedad.

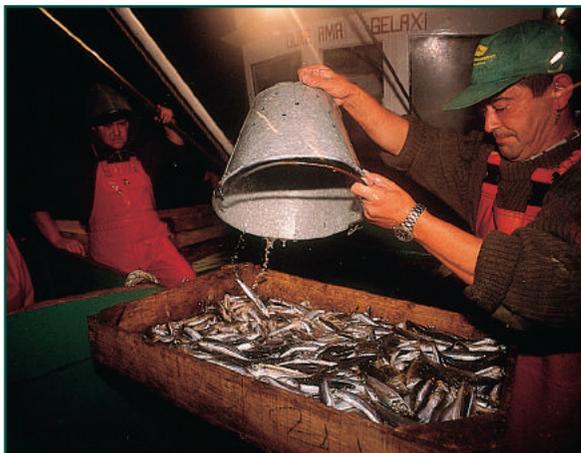


Benito recuerda con cariño lo bien que le trataron las cuadrillas y toda la gente, pero remarca que ser pregonero supone sacrificio y es un duro trabajo, porque todos los días debía estar presente, como representación de los pescadores, en numerosos actos festivos que se celebraban. Desde primera hora de la mañana que comenzaba lanzando el chupinazo, y después a lo largo del día, siempre tenía diversos actos a los que debía acudir con su traje de gala, tales como entregas de premios, comidas con jubilados o la visita a los niños enfermos de Basurto, que hizo junto a los miembros del circo, algo que recuerda como una de las actividades más duras. Allí Benito pudo comprobar lo afortunados que son quienes tienen hijos sanos y quienes gozan de una buena salud, pero también recuerda cómo a los niños les brotaba una enorme sonrisa cuando veían, tanto a los payasos del circo como a él, que les llevaban multitud de regalos.

Y así pasó Benito la Aste Nagusia 2003, sirviendo al Ayuntamiento de Bilbao y a todos los ciudadanos. Pero no fue mal premio para la labor que habían hecho los pescadores, aunque, como reconoce, él



fue el afortunado que representó a los pescadores, al mismo tiempo que agradece a las cuadrillas, en nombre de todo el colectivo de arrantzales, que propusieron a un representante de los pescadores como pregonero.



#### Negativa influencia del vertido del Prestige en la pesca

Pero una vez retirado el petróleo de la costa vasca, en los meses posteriores empezaron a verse las negativas consecuencias que estaba teniendo sobre la pesca la mayor catás-



trofe ecológica que ha vivido el mar Cantábrico en toda su historia. Los bancos de pequeños peces pelágicos, que se nutren de plancton y están en la base de la cadena trófica marina, como las sardinas, los chicharros, y especialmente las anchoas, quedaron profundamente mermados.

Benito recuerda que justo después del vertido, comenzaron los problemas con la anchoa. Los biólogos decían que no era debido al



derrame, pero Benito sabía que se trataba de una excusa porque cada día que salía a pescar estaba comprobando lo contrario. Por ello tuvo numerosas discusiones con los biólogos del Instituto Tecnológico Pesquero de Txatxarramendi. Benito se remitía a los hechos "empíricos", como les gustaba a ellos denominar a la realidad observable y demostrable.

Y los hechos han demostrado que desde 2003 hasta 2010, todos los pescadores del Cantábrico han estado prácticamente sin pescar anchoa, porque casi había desaparecido.

Los stocks, o población global de esta especie piscícola, estaban muy mermados y hubo que dejar de pescarla para que se pudiera reproducir y aumentar así su población hasta hacer viable su pesca. Algo que nunca en toda la historia de la pesca de la anchoa en el Cantábrico había sucedido. Porque a la sobrepesca, se le añadió el desastre ecológico y eso fue la puntilla.

Ese chapapote que estaba flotando con el plancton mató a todos los huevos de las anchoas, que son planctónicos, y los ejemplares

adultos que no murieron, es probable que hasta cambiaran sus rutas migratorias.

Lo que nadie le puede disuadir a Benito es de la idea que tiene, y llevará con él hasta la tumba, de que si en el Golfo de Bizkaia hubo 70 millones de kilos de chapapote, eso tuvo que ser letal, sobre todo para la anchoa y para todas las especies pelágicas que se nutren y ponen sus huevos en el plancton.

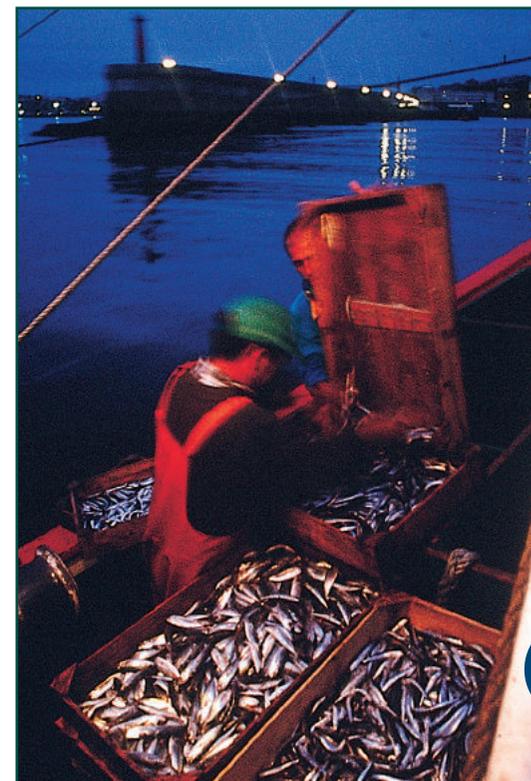


Y de hecho, prácticamente la pesca de anchoas en el Abra desde 2004, hasta el 2007, no existió, porque estuvo prohibida para que la especie se recuperase.

Ese año, 2007, el otro barco de cerco de Santurtzi que estuvo recogiendo con Benito chapapote, el "Gure Imanol", fue contratado, junto con otro barco de Laredo, para mantener limpia de fuel, la bahía de Valencia, donde se celebró en 2007 la copa de América.

Tras el vertido del Prestige, y hasta 2007, se decretó una moratoria, es decir una parada biológica de 40 días obligada de anchoa, y en el mes de mayo no se salía a la mar. Sólo desde junio hasta diciembre, el "gran pescador" estuvo saliendo durante esos años a pescar con cerco chicharros, sardinas, sargos, colas negras, etc.

En el año 2007, primer año en que se pudo pescar anchoa, Benito y su tripulación no realizaron una gran campaña. Exactamente logró extraer ocho toneladas de anchoas, aunque dada la escasez, se comercializaron como nunca, pues llegaron a vender anchoas hasta 18 euros el kilo, aunque lo normal era venderlas a 12 euros. Ese año, gracias a que se pagó bien la anchoa, tuvieron un balance económico "aceptable". Pero al año siguiente, 2008, tampoco se pudo pescar anchoa, ni en el 2009. Sólo en 2010 se abrió de nuevo la veda. De manera que desde que Benito compró el barco para cerco, apenas ha podido salir tres años a pescar anchoas, un recurso que es el principal sustento de los barcos de cerco.



### Benito empieza pescar verdes

Sin embargo Benito, inasequible al desaliento, ante la falta de anchoas en el Abra, no tuvo más remedio que buscar otro recurso para poder seguir viviendo de la pesca, y así comenzó a realizar otra costera, la del verdel. Es decir, empezó a pescar algo que casi nunca había hecho, verdes, sobre todo porque en toda su vida de pescador, hasta la década de los noventa, estos peces apenas se comercializaban o se pagaba muy poco por ellos, pero poco a poco y ante la crisis de la pesca, fueron cogiendo valor.

Lo que le iban "quitando" del Abra, tenía que compensarlo bus-



cando nuevas oportunidades, por lo que el "gran pescador" comenzó la pesca de verdes en el año 2002.

Benito siempre ha sido un avisado pescador, pues cuando trajo su nuevo barco, "Laura y Cristina" del astillero de Avilés a Santurtzi, no sólo estaba preparado para la pesca de cerco, sino que también estaba equipado con la herramienta que se usa para la pesca del verdel, ¡por si acaso tenía que pescarlos algún día!, y mira por donde acertó. No porque fuera "un genio", sino porque veía las precarias condiciones en las que estaba pescando en el Abra.

La pesca del verdel se lleva a cabo con líneas repletas de anzuelos, que se mueven a través de unos carretes hidráulicos que tienen una bandeja, con un retorno. La línea se pasa por el costado de estribor del barco, por un retorno, y en babor, al lado del carrete, que sube y baja, hay una bandeja que tiene dos barras verticales por las que pasa la línea y cuando llega un verdel golpea con la mandíbula inferior y cae abajo. El "Laura y Cristina" de Benito tiene siete líneas de 25 anzuelos cada una.

Depende de la manga del barco, es decir, de su anchura, el que se pongan más o menos anzue-





124



los. Ello es debido a que hay que procurar que no se metan los anzuelos al carrete.

Por ello hay que poner los anzuelos que caben en el doble recorrido, desde el último hasta el carrete.

Son anzuelos que llevan una dalia roja. Se echan y los verdeles pican el señuelo.

Benito recuerda cómo la costera del verdel se ha ido adelantando en los últimos años. Antiguamente se empezaba en San José, pero hoy en día comienza a primeros de febrero y se pesca hasta finales de abril.

Curiosamente en 2010, Benito sólo ha pescado verdeles durante tres semanas, porque en ese tiempo



125

agotó el cupo que tenía asignado.

La Comunidad Europea fija un máximo de capturas por países y por barcos, son los famosos "tacs", que hasta ahora no se cumplían. Pero desde 2010 se controlan mucho.

Para ello, todos los pescadores están obligados a realizar un diario de pesca y las cofradías tienen que dar detalladamente los resultados de la pesca en unos estadillos.

También la pesca del verdel ha cambiado mucho a lo largo de los años. Benito, aunque nunca se había dedicado específicamente a su captura, algunas veces si los pescaba a mano. Para ello echaba ocho o diez anzuelos que los levantaba a mano y "desanzuelaba" a los verdeles golpeándolos, aunque con el tiempo se dio cuenta que era mejor quitarles el anzuelo uno a uno.

La pesca del verdel ha ido mejorando paulatinamente hasta llegar en la actualidad a un sistema muy bueno, hidráulico, que permite pescar mucho en poco tiempo.

Benito empezó a realizar la costera del verdel, casi en su totalidad,





en la localidad cántabra de Colindres.

Cuando comienza la campaña, el primer día lleva el barco desde Santurtzi hasta Colindres y los dos meses y medio que él y su tripulación se dedican a la pesca del verdel, amarran en este puerto cántabro y venden los verdeles en su cofradía.

Por la mañana temprano salen un par de horas antes de que amanezca y acuden a seis o diez millas de la costa, siempre por el norte del monte Santoña. Alguna vez acuden hasta San Vicente de la Barquera, pero es algo excepcional. Benito tiene que ir a pescar a Colindres porque



en Santurtzi no tiene la posibilidad de comercializar los verdeles y en cambio allí se pueden vender bien porque son más apreciados.

En Colindres se juntan pescadores gallegos, asturianos, cántabros y vascos. Allí acuden pesqueros que tienen su base desde Hondarribia hasta las rías Bajas. Bueno, algunos establecen su base de



operaciones pesqueras en Laredo, otros en Santoña y otros, como el "gran pescador", en Colindres, pero cuando salen a la mar a pescar, lo hacen todos a la misma hora y resulta realmente espectacular ver a casi 200 barcos salir de la costa y dirigirse a mar



abierto para pescar el verdel. Como reconoce el propio Benito, es un acontecimiento digno de ver que pronto se perderá.

Cuando el "gran pescador" sale a pescar verdes lleva con sigo a una tripulación de siete marineros. En 2010 tenía asignado un cupo de 1.000 kilos por hombre y día, por lo que estaba autorizado a pescar 7.000 kilos diarios. Y prácticamente el 80% de los días él y sus hombres, lograron pescar el cupo asignado,



128



salvo alguno que hizo mala mar.

Debido a que la pesca se les dio tan bien, Benito agotó el cupo que tenía asignado en tan sólo tres semanas, y eso que una costera de verdel generalmente suele durar diez semanas! ¡Pero así es la pesca!".

Aunque esto pueda parecer mejor, en el mundo pesquero no siempre lo es, porque para un año que estaban ganando "cuatro perras", porque el verdel se comercializó bastante bien debido a que los compradores

sabían que iba a estar controlado el cupo, por lo que estaban interesados en comprar y pagaron bastante bien el kilo de verdel, las autoridades tenían que haber dejado pescar un poco más.



129



130

Y así es como el "gran pescador" comenzó la costera del verdel y ahí continúa, y espera seguir, porque lo que en un principio era una costera que se podría denominar, de tránsito o de trámite, es decir, que no era prioritaria, pues se hacía porque era una forma de que los barcos estuvieran ocupados hasta la llegada del bonito; en la actualidad, las circunstancias la han convertido en una pesca sustitutiva de la anchoa. Y en los años en los que no se ha podido pescar anchoa, los pescadores han hallado en ella una forma de sobrevivir. Incluso los barcos grandes pescan los verdeles, aunque éstos lo hacen con cerco y en grandes cantidades, llevando a cabo redadas de hasta cien mil kilos, que luego lo transforman en escabeche.



Ahora que ya se puede pescar algo de anchoa, Benito no dejará la pesca del verdel, que se lleva a cabo unos meses antes, porque el verdel se ha convertido en una



pesca costera rentable, aunque reconoce que se tendría que pescar menos y comercializar mejor.

Pero el "gran pescador" es plenamente consciente que el futuro del Abra como zona de pesca tiene sus días contados. De hecho la pesca que lleva a cabo en sus aguas la hace en zonas cada vez más acotadas y pequeñas. Ahora, su último reto es el de poderse jubilar como pescador, aunque sabe que lo va a tener difícil porque el Abra prácticamente ha muerto para quienes, como él, aún intentan sobrevivir de la pesca.

A Benito sólo quedan ya seis años para jubilarse. El 3 de septiembre de 2010 cumplió 52 años y para él poderse jubilar como pescador es una cuestión de orgullo.

Desde pequeño ha soñado con vivir de la mar y, como dice abiertamente, "sería un medio fracaso no conseguirlo".

Benito espera llegar a jubilarse como pescador porque cree que ahora que se están pasando los efectos del Prestige, la anchoa va a volver a su normalidad, y podrá "ir tirando" con su pesca hasta la jubilación. Pero como el mismo reconoce, si su afán obedeciese al aspecto económico, hace tiempo que tenía que haber tirado la toalla.



131

Aunque a Benito le hubiera gustado tener un hijo que tomase su relevo, cuando ve el negro panorama que se cierne sobre la pesca no le entristece no haber entregado el testigo de su milenaria profesión y ser él uno de los últimos pescadores del Abra de Bilbao.

Lo que si tiene pensado es lo que va a hacer cuando se jubile: navegar a vela. Es algo que siempre le ha gustado y ha deseado hacer, pero nunca ha tenido tiempo para llevarlo a cabo. Si sus hijas le dan nietos, quiere dedicarles mucho tiempo, porque el "gran pescador", a pesar de haber surcado los mares y estar curtido en mil y una noches de pesca lejos del hogar, es a su vez, quizá por la vida que ha llevado,



muy hogareño y familiar. Por ello cuando se jubile quiere hacerse con un velerito y apuntarse a unas clases de navegación de vela para navegar en él con sus nietos.

Pero hasta que llegue ese día, y ese bello deseo pueda hacerse realidad dentro de siete años, el presidente de la cofradía de pescadores de Santurtzi, Benito Fernández Artetxe, el "gran pescador", tendrá que seguir luchando contra "viento y marea" y mostrar una vez más su grandeza; una grandeza que no le viene dada por ser el pescador que más capturas ha realizado en el Abra, eso sería algo casi imposible de contabilizar; o el que más pericia tiene para pescar, todos los pescadores del Abra conocen sus fondos como la palma de sus agrietadas manos; ni siquiera por tener el barco más grande y con el mayor número de



marineros, pues al contrario, siempre ha tenido un barco modesto. La grandeza de Benito radica en que es uno de esos pescadores, de los que ya casi no quedan, de los que por encima de los beneficios económicos, anteponen una forma de vida, y reivindican una tradición milenaria que han llevado desde siem-



pre en lo más profundo de su ser, y no quieren que se pierda. Por ello Benito, mientras tenga un hálito de vida, va a mantener su actividad pesquera, porque su razón de existir es la pesca en el Abra.



Por mantener viva su llama no le importa tener que sacrificarse y llevar una vida de gran dureza y de lucha constante contra la adversidad. Nunca ha querido ni siquiera oír hablar de otro trabajo que no sea el de pescador, como suele decirse, *“ni por todo el oro del mundo”*.

Por todo ello Benito es sin duda el último *“gran pescador”* del Abra de Bilbao, inasequible al desaliento. Está acostumbrado a todo tipo de adversidades y trabas en su camino, pero ahí está con su barco. Ni siquiera la destrucción física su medio, el Abra, donde prácticamente ya casi está prohibido pescar, le ha hecho tirar la toalla.

Silenciosamente y sin él quererlo, Benito Fernández Artetxe pasará sin duda a la historia del País Vasco, como el último *“gran pescador”* al que nadie pudo arrebatarse su libertad, porque su vida ha sido, y es, una constante reivindicación pacífica de su derecho a vivir de la pesca, como lo han hecho sus antepasados durante generaciones y generaciones.



El *“progreso”* acabará venciendo, no hay más que asomarnos al Abra para comprobarlo; pero cuando le vemos salir con su barco del puerto de Santurtzi todos los atardeceres, una sonrisa invade nuestro interior porque enseguida nos damos cuenta de que, moralmente, el *“gran pescador”* es quien ha ganado la partida, y que nada ni nadie han podido arrebatarse....., su libertad.





*“El gran pescador” no sólo pretende relatar la tenaz y asombrosa vida de un arantzale tradicional del Abra de Bilbao que ha recogido el testigo de sus antepasados pescadores, a través de su abuelo y de su padre, sino a su vez, dar a conocer la silenciosa lucha que ha mantenido un hombre por reivindicar su medio de vida ancestral, que le viene de generación en generación. Un modo de vida que los avatares del destino se están empeñando en hacer desaparecer. Pero sobre todo, a través de Benito, “el gran pescador”, este libro quiere rendir un inmenso y eterno homenaje a todos los hombres que han entregado su amor y su vida a la mar.*



ADEVE